

IX 9Marks EDIFICANDO IGLESIAS SANAS

EL EVANGELIO

CÓMO
LA IGLESIA
REFLEJA LA
HERMOSURA
DE CRISTO



RAY ORTLUND

Prefacio de J. I. Packer

«Cuando Ray Ortlund habla, yo escucho. Mi generación ha crecido en conocimiento pero necesita hombres sabios. El pastor Ray es eso para nosotros. Agarra este recurso y escucha a un hombre que abraza por igual la profundidad teológica y la gracia del evangelio».

Eric M. Mason, Pastor principal, *Epiphany Fellowship*, Filadelfia, Pensilvania; Presidente, Thriving; autor, *Manhood Restored*

«Las iglesias no hacen que el evangelio sea verdad. Sin embargo, cuando ‘la luz de Jehová’ está sobre nosotros, la iglesia se convierte en un testimonio poderoso de la gracia de Dios. Con realismo y esperanza, Ray Ortlund nos dice cómo esta gracia puede crecer entre nosotros —a pesar de nuestra debilidad— para que irradiemos la gloria de Cristo».

Bryan Chapell, Presidente emérito, *Covenant Theological Seminary*; Pastor principal, *Grace Presbyterian Church*, Peoria, Illinois

«Ray Ortlund entreteje una profunda reflexión bíblica sobre cómo la doctrina del evangelio debe llevar a una cultura del evangelio, usando citas de grandes santos de la historia de la Iglesia. Una lectura obligada para toda iglesia que quiera ayudar —más que dificultar— a que los perdidos sean atraídos a Cristo».

Craig L. Blomberg, Profesor distinguido del Nuevo Testamento, *Denver Seminary*

«Convincente, confrontador, alentador, inquisitivo y, sobre todo, fascinante. Qué hermosa visión de lo que la iglesia puede ser a través del poder del evangelio. Qué evidente es que el evangelio ha penetrado en el corazón de Ortlund. Lee este libro. Ora mientras lo lees. Pide a Dios que use su mensaje grandemente en tu iglesia y en otras muchas también».

Thomas R. Schreiner, Profesor James Buchanan Harrison de interpretación del Nuevo Testamento, *The Southern Baptist Theological Seminary*

«El pastor y erudito Ray Ortlund, en su nuevo libro, expone la bondad que hay en las buenas nuevas. Y una iglesia que no muestra esta bondad en su vida comunitaria, según él, socava el mismo evangelio que predica. Es un buen argumento, que vale la pena».

Mark Dever, Pastor principal, *Capitol Hill Baptist Church*, Washington, D. C.; Presidente, 9Marks

«En este incisivo libro, Ray Ortlund hace el necesario y convincente trabajo de conectar el evangelio que da vida con la experiencia y el testimonio de la iglesia. Su visión de las culturas del evangelio—que florecen en la tierra fértil de la doctrina del evangelio—capturará a aquellos que desean ver el mundo cautivado por Cristo».

Stephen T. Um, Ministro principal, *Citylife Presbyterian Church*, Boston, Massachusetts; coautor, *Why Cities Matter*

IX**9Marks EDIFICANDO IGLESIAS SANAS**

EDITADO POR MARK DEVER Y JONATHAN LEEMAN

La predicación expositiva:

Cómo proclamar la Palabra de Dios hoy, David Helm

La sana doctrina:

*Cómo crece una iglesia en el amor y en la santidad de Dios,
Bobby Jamieson*

El evangelio:

Cómo la iglesia refleja la hermosura de Cristo, Ray Ortlund

La evangelización:

Cómo toda la iglesia habla de Jesús, J. Mack Stiles

La membresía de la iglesia:

Cómo sabe el mundo quién representa a Jesús, Jonathan Leeman

La disciplina en la iglesia:

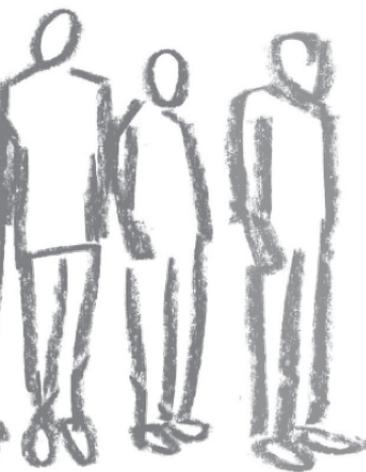
Cómo protege la iglesia el nombre de Jesús, Jonathan Leeman

Los ancianos de la iglesia:

Cómo pastorear al pueblo de Dios como Jesús, Jeramie Rinne

EL EVANGELIO

CÓMO
LA IGLESIA
REFLEJA LA
HERMOSURA
DE CRISTO



RAY ORTLUND

Prefacio de J. I. Packer

IX

9Marks

525 A Street NE
Washington, DC 20002

El evangelio: Cómo la iglesia refleja la hermosura de Cristo
Copyright © 2016 por 9Marks para esta versión española

Publicado por 9Marks
525 A Street Northeast, Washington, D.C., 20002, Estados Unidos

Publicado por primera vez en inglés en 2014 por Crossway, 1300 Crescent Street, Wheaton, Illinois 60187, bajo el título *The Gospel: How the Church Portrays the Beauty of Christ*
Copyright © 2014 por Ray Ortlund

Con agradecimiento a Crossway por la cesión de los derechos y de las portadas.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopiado, de grabación u otro, sin el permiso previo del que publica.

Traductores: Alejandro Padilla, Abraham Armenta, Paola Pacheco, Edison Ovalle, Sergio Rodríguez, Vladimir Miramare, José L. García, Gustavo Morel y Jorge Eduardo Peña
Revisores: Javier Pérez Albandoz y Patricio Ledesma

Diseño de la cubierta: Dual Identity, Inc.
Imagen de la cubierta: Wayne Brezinka para brezinkadesign.com
Adaptación de la cubierta: Rubner Durais

Las citas están tomadas de la Versión Reina-Valera 1960 © Sociedades Bíblicas Unidas, excepto cuando se cite otra. Usada con permiso.

ISBN: 978-1-940009-50-6

Para *Immanuel Church*,
donde la doctrina y la cultura del evangelio convergen,
solo para la gloria de Dios

ÍNDICE

Prólogo acerca de la serie	11
Prefacio de J. I. Packer	13
Introducción	15
1 El evangelio para ti	23
2 El evangelio para la iglesia	45
3 El evangelio para todo	59
4 Algo nuevo	75
5 No es fácil, pero es posible	93
6 Lo que podemos esperar	111
7 Nuestro camino por delante	125
Agradecimientos especiales	147
Referencias	149
Índice de citas bíblicas	159

PRÓLOGO

ACERCA DE LA SERIE

¿Crees que es tu responsabilidad ayudar a edificar una iglesia sana? Si eres cristiano, creemos que lo es.

Jesús te ordena hacer discípulos (Mt. 28:18-20). Judas nos exhorta a edificarnos sobre la fe (Jud. 20-21). Pedro te llama a utilizar tus dones para servir a los demás (1 P. 4:10). Pablo te dice que compartas la verdad en amor para que tu iglesia madure (Ef. 4:13, 15). ¿Ves de dónde lo estamos sacando?

Tanto si eres miembro de la iglesia o líder de ella, los libros de la serie *Edificando iglesias sanas* pretenden ayudarte a cumplir estos mandamientos bíblicos para que así juegues tu papel en la edificación de una iglesia sana. Dicho de otra manera, esperamos que estos libros te ayuden a crecer en amor por tu iglesia, tal y como Jesús la ama.

9Marks planea producir un libro que sea corto y de agradable lectura acerca de cada una de las que Mark Dever ha llamado las nueve marcas de una iglesia sana y, un libro más, acerca de la sana doctrina. Consigue los libros acerca de la predicación expositiva,

Prólogo

la teología bíblica, el evangelio, la conversión, la evangelización, la membresía de la iglesia, la disciplina eclesial, el discipulado y el crecimiento, y el liderazgo de la iglesia.

Las iglesias locales existen para mostrar a las naciones la gloria de Dios. Esto lo hacemos fijando nuestros ojos en el evangelio de Jesucristo, confiando en él para salvación, y amándonos unos a otros con la santidad, la unidad y el amor de Dios. Es nuestra oración que el libro que tienes en tus manos sea de ayuda.

Con esperanza,
Mark Dever y Jonathan Leeman
Editores de la serie

PREFACIO

Satanás, en su manera pecaminosa de hacer las cosas, es un astuto estratega. C.S. Lewis nos lo recordó en *Cartas del diablo a su sobrino* y, claramente, el apóstol Pablo nunca lo olvidó (p. ej. 2 Co. 2:11; 11:14). Sherlock Holmes se refirió al Profesor Moriarty como el «Napoleón del crimen», y nosotros haremos bien en considerar a Satanás como el «Napoleón del pecado». Satanás se mantiene activo, siguiendo los pasos de Dios, intentando arruinar con astucia su obra y frustrar sus planes de hacer bien a su pueblo y traer alabanza a su nombre. Así que la iglesia debe de estar siempre en guerra contra Satanás, ya que Satanás siempre está en guerra contra ella; contra nosotros, los creyentes.

Hoy, Dios está renovando en la iglesia una preocupación por tener un conocimiento más profundo de su verdad en la Escritura, y de su amor en Cristo. No obstante, se puede observar que Satanás busca hacer descarrilar esta preocupación, al causar problemas en las congregaciones que la poseen. Podemos estar seguros, además, de que seguirá haciéndolo mientras la renovación de la ortodoxia

Prefacio

continúe. Por ello, los libros que hacen un llamado a una fe auténtica y centrada en Cristo, para que se manifieste en una hermosura de vida en semejanza a Cristo —libros como este—, son muy importantes para la causa cristiana en este momento.

Parece estar fuera de toda duda que los creyentes no pensamos frecuentemente, o al menos no lo suficiente, acerca de la cultura de nuestras congregaciones. *Cultura*, una palabra tomada de la sociología, describe el estilo de vida público que expresa un modo de pensar compartido y unas convicciones comunes. La cultura de una iglesia debe de ser la ortopraxis expresando la ortodoxia. Debería manifestarse como un amor sacrificial hacia los demás, que a su vez refleja el amor sacrificial de Jesucristo, nuestro Salvador y Señor, por nosotros.

Al clarificarnos esta verdad, nuestro llamado cultural, y recordándonos a su vez que la fe cristiana sin cultura cristiana es verdadera hipocresía, el Dr. Ortlund nos hace un favor bueno y necesario. Que sus palabras sean escuchadas y tomadas en serio.

J. I. Packer
Profesor de teología, *Board of Governors*
Regent College

INTRODUCCIÓN

«*Evangelion* —lo que llamamos «el evangelio»— es una palabra griega, que significa noticias buenas, felices, alegres y gozosas, que alegran el corazón del hombre y lo hacen cantar, danzar y saltar de gozo».¹

William Tyndale

William Tyndale, el traductor pionero de la Biblia al inglés, escribió estas hermosas palabras en 1525, y las selló con una muerte de mártir. ¡Qué mundo en el que vivimos, en el que algo tan alegre puede ser tan odiado! Pero así es.

Tal y como Tyndale indicó, la misma forma de la palabra griega traducida como «evangelio» significa buenas noticias.² El evangelio no es ley, que requiere que nos ganemos algo. El evangelio es un anuncio de bienvenida, que declara que Jesús lo pagó todo. Es como una llamada telefónica esperada por mucho tiempo. Cuando finalmente suena el teléfono, lo agarramos y con

Introducción

entusiasmo recibimos la llamada. El evangelio es un mensaje que debe ser proclamado y creído (Mr. 1:14-15). Es el tema de toda la Biblia (Gá. 3:8). Viene de arriba, de Dios (Gá. 1:11-12). Es digno de nuestros mayores esfuerzos (Fil. 1:27-30).

Estas buenas noticias son mucho más que buenas vibraciones. Este mensaje tiene un contenido específico. Puede y debe ser definido solamente por la Biblia. Cada generación debe tomar su Biblia y redescubrir el evangelio de nuevo, y articular nuevamente el mensaje antiguo en sus propias palabras, para sus propios tiempos. Vivimos en un tiempo de redescubrimiento activo del evangelio, y es emocionante poder involucrarnos en ello.

Aquí tenemos el mensaje esencial que apoyan las personas que creen en la Biblia:

Dios, mediante la vida perfecta, la muerte expiatoria, y la resurrección corporal de Jesucristo, rescata a todo su pueblo de la ira de Dios, para tener paz con él, con la promesa de una restauración completa de su orden creado para siempre; todo para la alabanza de la gloria de su gracia.

La salvación del juicio de Dios para tener comunión con Dios, es una obra enteramente de Dios. No es nuestra. ¡Estas son verdaderamente buenas noticias! Y este evangelio es ampliamente conocido y sinceramente predicado en nuestras iglesias hoy.

ALGO PREOCUPANTE

Pero aquí hay algo preocupante. Si un mensaje tan bueno está en el centro que define nuestras iglesias, ¿Por qué vemos cosas tan malas en estas mismas iglesias; desde constantes conflictos hasta un total agotamiento? ¿Dónde está el poder salvador del evangelio? ¿Por qué no vemos más del canto, de la danza y de los saltos de gozo de los que hablaba Tyndale en nuestras iglesias, si el evangelio está marcando la pauta?

En su libro profético *Witness*, Whittaker Chambers habla de una joven mujer alemana cuyo padre pasó de ser un ferviente procomunista, a un vigoroso anticomunista. ¿Por qué? Ella dijo: «Te reirás de mí, pero no debes reírte de mi padre. Una noche, en Moscú, oyó gritos. Eso es todo. Simplemente una noche oyó gritos».³

Esto también sucede en nuestras iglesias. La gente viene para escuchar las buenas noticias. Pero luego escuchan gritos. Escuchan gritos de angustia y desesperación en iglesias que predicán el evangelio en teoría, pero que infligen dolor en la realidad. Esto es chocante, pero no es nuevo. El profeta Isaías escribió:

Ciertamente la viña de Jehová de los ejércitos es la casa de Israel, y los hombres de Judá planta deliciosa suya. Esperaba juicio, y he aquí vileza; justicia, y he aquí clamor. (Is. 5:7)

Introducción

¿Cuánta gente en nuestras ciudades son excristianos, y quizá hasta profundamente anticristianos, porque fueron a una iglesia para escuchar «las buenas nuevas de gran gozo» (Lc. 2:10) pero estas fueron ahogadas por luchas y problemas?

No supongamos que nuestras iglesias son fieles al evangelio. Examinemos si lo son. Al fin y al cabo, «toda institución tiende a producir aquello a lo cual se opone». ⁴ Una iglesia con la verdad del evangelio en su teología puede producir lo opuesto del evangelio en su práctica. El Señor resucitado le dijo a una de sus iglesias, «Tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo» (Ap. 3:17). El problema no era lo que creían doctrinalmente, sino en lo que personalmente se habían convertido, y ni siquiera se dieron cuenta. Pero para el Señor era obvio: «Conozco tus obras» (Ap. 3:15). Por tanto, necesitaban ir a Cristo con una nueva humildad, franqueza, y honestidad.

LA PRUEBA DE UNA IGLESIA CENTRADA EN EL EVANGELIO

No mucho después de la crisis de fe que alteró su vida, y que vino a raíz de la fealdad interior que vio en personas de su denominación, Francis Schaeffer escribió un artículo titulado *How Heresy Should Be Met*. Aquí tenemos el argumento principal:

Introducción

El problema final no es demostrar el error de los hombres sino ganarlos de vuelta para Cristo. Por tanto, la apologética que al final resulta exitosa es primeramente una clara declaración intelectual de lo que está mal en la falsa doctrina, *más* un retorno claro e intelectual al énfasis escritural apropiado, en toda su vitalidad y relación con la fe cristiana en su conjunto, *más* una demostración en la vida de que este énfasis escritural correcto y vital, satisface las necesidades genuinas y las aspiraciones de los hombres de una forma en que la falsificación de Satanás no lo hace.⁵

Así que la prueba de una iglesia centrada en el evangelio es su doctrina sobre el papel *más* su cultura en la práctica; «una demostración en la vida de que este énfasis escritural correcto y vital, satisface las necesidades genuinas y las aspiraciones de los hombres». Si la cultura del evangelio de una iglesia se ha perdido —o nunca fue construida— el único remedio se encuentra a los pies de Cristo. Esa iglesia necesita un redescubrimiento fresco de su evangelio en toda su hermosura. No se gana nada con meramente reempaquetar la iglesia en formas más atractivas para los de fuera.

Primeramente y ante todo, el evangelio de Cristo debe ser enteramente creído y abrazado por nuestras iglesias. Esto es más profundo que un aumento momentáneo de entusiasmo. *La necesidad de nuestros tiempos es nada menos que la re Cristianización de*

Introducción

nuestras iglesias, solo según el evangelio, tanto en doctrina como en cultura, por Cristo mismo. Nada menos que la hermosura de Cristo será suficiente hoy en día, aunque saber cómo será una iglesia renovada, en el presente, está más allá de nuestra imaginación.

EL PROPÓSITO DE ESTE LIBRO

Entonces, el propósito de este libro es simple. Quiero mostrar cómo Cristo coloca su hermosura en nuestras iglesias mediante su evangelio. Esto explica el título de este libro: *El evangelio: Cómo la iglesia refleja la hermosura de Cristo.* La hermosura es poderosa. Nuestras iglesias la anhelan. Tú y yo la anhelamos. Y podemos ayudar a nuestras iglesias a verla. Poseemos, solo en el evangelio, los recursos de Dios que obran maravillas para la manifestación de Cristo entre nosotros. Y a medida que leas, espero que te emociones con la hermosura de Cristo. Este es mi objetivo final.

Así que este libro trata del evangelio, sí. Pero de forma más específica, trata acerca de cómo el evangelio puede moldear la vida y la cultura de nuestras iglesias para que puedan reflejar a Cristo tal y como es verdaderamente, según su evangelio.

Creo que la ocurrencia irónica de A. W. Tozer, hace una generación, todavía es válida: «Un avivamiento extendido del tipo de cristianismo que conocemos hoy en América, puede ser una tragedia moral de la cual no nos recuperaremos ni en cien años». ⁶ ¿Qué hay en nuestras iglesias que *merezca* sobrevivir? ¿Que hay en

Introducción

nuestras iglesias que *pueda* sobrevivir? Cualquier iglesia de cualquier denominación que se quede corta con respecto al evangelio de Cristo, ya sea en doctrina o cultura, colapsará inevitablemente bajo las extremas presiones de nuestros tiempos.

Hace años, mi querido padre dijo en un sermón: «Solo una iglesia despierta... Solo personas en una condición resucitada van a impactar en esta sociedad». ⁷ Solo el evangelio obra con el poder de Dios (Ro. 1:16). Todo lo demás, todo lo que esté por debajo, será barrido, tal y como debe ser.

Pongamos todas las cosas de menor importancia a un lado y, con oración, ante el Señor, redescubramos su poderoso evangelio, mientras aún podemos.

EL EVANGELIO PARA TI

Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.

Juan 3:16

La doctrina del evangelio crea una cultura del evangelio. La doctrina de la gracia crea una cultura de gracia.

Cuando la doctrina es clara y la cultura es hermosa, esa iglesia será poderosa. Pero no existen atajos para lograr esto. Sin la doctrina, la cultura será débil. Sin la cultura, la doctrina parecerá no tener sentido.

La doctrina del evangelio acompañada de una cultura del evangelio, es profética. Francis Schaeffer escribió lo siguiente:

Uno no puede explicar la dinamita explosiva, el *dunamis*, de la Iglesia primitiva aparte del hecho de que practicaban dos cosas simultáneamente: ortodoxia en doctrina y ortodoxia en

EL EVANGELIO

comunidad, en medio de la iglesia visible, una comunidad que el mundo podía ver. Por tanto, por la gracia de Dios, la iglesia debe ser conocida simultáneamente por su pureza de doctrina y por la realidad de su comunidad. Nuestras iglesias muy a menudo han sido solamente puntos de predicación, con muy poco énfasis en la comunidad, pero la exhibición del amor de Dios en la práctica es algo hermoso y debe estar ahí.¹

Las palabras «por la gracia de Dios», mencionadas por Schaeffer, son cruciales. Necesitamos esa fuerza que está más allá de nosotros, porque es difícil mantenerse firmes en la doctrina del evangelio. Pero es aun más difícil crear una cultura del evangelio, una que sea tan humana y atractiva que la gente *quiera* ser parte de ella. Schaeffer también escribió: «Si la iglesia es lo que debería ser, los jóvenes estarán ahí. Pero no solamente ‘estarán ahí’, sino que estarán haciendo sonar fuerte los cuernos y los címbalos, y vendrán danzando con flores en su cabello».²

Aceptamos que la verdad de la doctrina bíblica es esencial para un cristianismo auténtico, pero ¿aceptamos que la belleza en las relaciones humanas es *igualmente* esencial? Si por la gracia de Dios mantenemos las dos cosas juntas —la doctrina y la cultura del evangelio— es más probable que personas de todas las edades vengan a nuestras iglesias con gran ánimo. Es más probable que piensen, «Aquí está la respuesta que he estado buscando toda mi vida».

¿DOCTRINA O CULTURA?

Todos tendemos a inclinarnos a un lado o hacia el otro; a enfatizar la doctrina o la cultura. Algunos nos inclinamos naturalmente hacia la verdad, los estándares y las definiciones. Otros nos inclinamos a los sentimientos, al entorno y las relaciones. Iglesias enteras, también, pueden enfatizar una cosa o la otra.

Si dependiera de nosotros, estaríamos parcialmente equivocados, pero no seríamos conscientes de esta equivocación, porque estaríamos parcialmente en lo correcto. Pero solo en parte. La verdad sin gracia es dura y desagradable. La gracia sin verdad es sentimentalismo y cobardía. El Cristo que vive está lleno de gracia y verdad (Jn. 1:14). Por tanto, no podemos representarlo dentro de los límites de nuestras propias personalidades y trasfondos. Mientras dependamos de él en cada momento, tanto personalmente como colectivamente, nos dará sabiduría. Nos moldeará y hará que nuestras iglesias sean más como él, para que podamos glorificarle con más claridad que nunca.

Estas ecuaciones me ayudan a definir el tema de una forma más simple:

Doctrina del evangelio – cultura del evangelio = hipocresía

Cultura del evangelio – doctrina del evangelio = fragilidad

Doctrina del evangelio + cultura del evangelio = poder

EL EVANGELIO

Solamente la poderosa presencia del Señor resucitado puede hacer que una iglesia esté centrada en el evangelio.

Hace varios años, la autora Anne Rice dijo, «Los cristianos han perdido credibilidad en América como personas que saben amar».³ Puede haber muchas razones para esta evaluación negativa, aunque no todas sean convincentes. Pero no puedo desechar su comentario. Tampoco es que el problema remarcado tenga baja prioridad en la Biblia, algo que podríamos analizar algún día. De hecho, pocas cosas son más urgentes para nosotros que recuperar la credibilidad como personas que sabemos amar, por la causa de Jesús, para que su glorioso evangelio esté inequívocamente claro en nuestras iglesias.

Las personas *le* verán en *nosotros* cuando edifiquemos nuestras iglesias en culturas del evangelio con los recursos de la doctrina del evangelio, sin tomar atajos.

Juan 3:16, tal vez el versículo más famoso de toda la Biblia, despliega ante nosotros la doctrina del evangelio. Este versículo es el evangelio para ti y para mí personalmente. La renovación de nuestras iglesias comienza en lo profundo de cada uno de nosotros, al ser nosotros mismos renovados en el evangelio. Meditemos entonces en este maravilloso versículo, frase por frase.

PORQUE DE TAL MANERA AMÓ DIOS AL MUNDO

El evangelio es una buena noticia, y estas palabras tan cruciales tienen que ser las mejores noticias: «Porque de tal manera amó

Dios al mundo...» (Jn. 3:16a). Pero para que este verso tenga en nosotros el impacto que merece, debemos entender dos cosas: quién es Dios y cómo ama a este mundo.

Primero, ¿quién es Dios? La palabra *Dios* nos suena tan familiar que podemos pasarla por alto. Pero debemos pensar en ella. Ninguno de nosotros ha tenido jamás un solo pensamiento acerca de Dios que haya sido plenamente justo con la magnitud de quién es él realmente. ¿Quién *es* el Dios del evangelio cristiano?

Un contraste puede ser de ayuda. En su libro *¿Qué es el evangelio?*, Greg Gilbert usa una sátira para ayudarnos a ver cómo minimizamos, de forma natural, nuestro concepto de «Dios»:

Permitidme que os presente a dios. (Nótese la *d* minúscula)

Tal vez deberías bajar un poco la voz antes de entrar. Quizá esté durmiendo ahora. Es mayor, sabes, y no entiende ni le gusta mucho este mundo moderno. Su época dorada —de la cual habla cuando se emociona— fue hace mucho tiempo, antes de que la mayoría de nosotros hubiésemos nacido. Era una época en la que a la gente le importaba lo que él pensaba acerca de las cosas, y le consideraban muy importante en sus vidas.

Por supuesto, ahora todo eso ha cambiado, y dios — pobrecito— nunca se adaptó muy bien. La vida siguió y le pasó de largo. Ahora pasa la mayor parte de su tiempo en el

EL EVANGELIO

jardín. A veces voy a verlo, y ahí nos quedamos hasta tarde, caminando y conversando suavemente y tiernamente entre las rosas...

Aun así, parece que mucha gente le sigue queriendo, al menos consigue mantener su popularidad bastante alta. Te sorprendería saber cuántas personas van de vez en cuando a visitarle y a pedirle cosas. Por supuesto, a él le parece bien. Está ahí para ayudar.

Menos mal que toda la amargura que lees a veces en sus viejos libros —ya sabes, como cuando hizo que la tierra se tragara a la gente, cuando hizo llover fuego en las ciudades, esa clase de cosas— todo eso parece haber desaparecido con su vejez. Ahora solo es un buen amigo que no necesita de mucha atención, con el que es fácil hablar, especialmente porque casi nunca responde, y cuando lo hace, es normalmente para decirme a través de alguna extraña «señal» que está de acuerdo con lo que sea que yo quiera hacer. Este es el mejor amigo que se puede tener, ¿verdad?

Pero, ¿sabes qué es lo mejor acerca de él? No me juzga. Nunca. Por nada. Claro, sé que en lo profundo de su ser él desearía que yo fuese mejor persona —más amorosa, menos egoísta, y todo eso— pero es realista. Sabe que soy humano y que nadie es perfecto. Estoy completamente seguro de que está de acuerdo con esto. Aparte, su trabajo es perdonar a las

El evangelio para ti

personas. Es lo que él *hace*. Al fin y al cabo, él es amor, ¿no? Y me gusta pensar en el amor como «nunca juzgar, solo perdonar». Ese es el dios que *yo* conozco. Y no podría ser de otra manera...

Está bien, ya podemos entrar. No te preocupes, no tenemos que quedarnos mucho rato. En serio. Él agradece el tiempo que le podamos dedicar.⁴

¿Hay en este retrato que hace Gilbert algo que refleje cómo *nosotros* pensamos acerca de Dios? Seamos honestos con nosotros mismos acerca de esto.

John Piper nos ayuda a ver nuestro estado espiritual de esta manera:

Para muchos, el cristianismo se ha convertido en hacer mecánicamente leyes doctrinales generales a partir de colecciones de hechos bíblicos. Pero el asombrarse y maravillarse como un niño ha muerto. El paisaje, la poesía, y la música de la majestad de Dios se han secado como un melocotón olvidado en el fondo del refrigerador.⁵

En otras palabras, podemos afirmar las doctrinas correctas, pero cada uno de nosotros todavía debe decir: «Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos» (Sal. 139:23).

EL EVANGELIO

Olvidémonos de todo lo demás por un momento. Pensemos en Dios, ya que «lo que viene a nuestras mentes cuando pensamos acerca de Dios, es lo más importante acerca de nosotros». ⁶ Dios no gana nada porque tengamos más claridad sobre él. Nosotros sí.

Ve al principio de todo. ¿Dónde obtuviste tu idea de Dios? Y, ¿cómo sabes que no te la inventaste?

El evangelio refleja a Dios de una manera gloriosa, mucho más allá de lo que podemos pensar de forma natural, e incluso en oposición a lo que naturalmente pensamos. Por ejemplo, al principio de la Biblia, Dios dice, «Yo soy el Dios Todopoderoso» (Gn. 17:1). Casi nadie cree que Dios sea verdaderamente todopoderoso, por eso Dios lo dijo. Pero cuando este maravilloso pensamiento acerca de Dios entra en nuestra mente, las ondas se propagan en todas las direcciones. Esto es lo que el Dios todopoderoso nos revela acerca de sí mismo:

Yo soy el Dios Todopoderoso, capaz de cumplir tus más altos deseos y realizar los más grandes ideales que mis palabras jamás hayan puesto ante ti. No hay necesidad de reducir la promesa hasta que encaje con las probabilidades humanas, no hay necesidad de renunciar al deseo engendrado, no hay necesidad de adoptar ninguna interpretación que la haga parecer más fácil de cumplirse, y no es necesario luchar para cumplirla de un

El evangelio para ti

modo de segundo orden. Toda posibilidad yace en esto: Yo soy el Dios Todopoderoso.⁷

Sin este Dios real y glorioso, la tarea de nuestras vidas sería seguir ajustando nuestras expectativas de la vida hacia abajo. El autor Reynolds Price entiende cuán oscura se vuelve la realidad sin un Dios todopoderoso: «No hay un Creador y nunca lo hubo. El universo es pura materia sin luz, donde átomos sin sentido y criaturas malvadas ponen en escena sus horribles voluntades».⁸ Pero cuando Juan 3:16 nos muestra el amor del Dios todopoderoso, vemos que nunca tendremos que tragarnos tal desesperanza.

El evangelio cristiano no nos pide que nos conformemos con lo que sea. Comienza con el Dios todopoderoso, quien, increíblemente, no desprecia al mundo sino que lo ama. Así es Dios realmente. Es lo que la Biblia dice. Creámoslo.

Ahora vayamos a la segunda pregunta: ¿Cómo ama Dios a este mundo? Juan dice, «*De tal manera* amó Dios al mundo». Vale la pena observar la expresión *de tal manera*. Comunica la intensidad del amor de Dios. ¿Cómo amó Dios al mundo? No moderadamente, sino masivamente. *De tal manera* amó Dios al mundo, no porque seamos dignos de recibir ese amor, sino porque él *es* amor (1 Jn. 4:16).

La intensa naturaleza del amor de Dios se hace mucho más evidente cuando pensamos en este mundo nuestro que es ama-

EL EVANGELIO

do por él *de tal manera*. A medida que crecemos en ver a Dios más claramente, también crecemos en vernos a nosotros mismos más claramente. Juan dice: «Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas» (Jn. 3:19-20). Es difícil admitir que amamos las tinieblas, pero sabemos que es verdad. Todos hemos hecho cosas malas y las hemos ocultado, temiendo ser expuestos. Hemos intentado olvidar los recuerdos, ignorar la conciencia y medicar el dolor. Es duro enfrentarnos a nosotros mismos honestamente.

En su poema «1 de septiembre, 1939», W. H. Auden nos muestra algo de esas tinieblas que hay en nuestras vidas individuales. Describe lo que vio una noche en un club nocturno:

Las caras en la barra del bar
Se aferran a lo cotidiano;
Nunca deben apagarse las luces,
La música siempre debe sonar...
A menos que veamos donde estamos,
Perdidos en un bosque encantado,
Niños temerosos de la noche
Que jamás han sido felices ni buenos.⁹

Todos nos vemos identificados en este poema, ¿verdad?

Las palabras de Juan acerca de amar las tinieblas también nos ayudan a vernos a otro nivel; como cultura. Una de las características de nuestro tiempo es que redefinimos las cosas malas como buenas. Cambiamos las etiquetas, como si eso pudiera cambiar las realidades. Pensamos que somos mejores de lo que realmente somos. Esto también es «[amar] las tinieblas más que la luz».

Recientemente hice una búsqueda en Amazon.com de la palabra «autoestima», y obtuve 93,059 resultados. Una y otra vez, se nos ha dicho que la autoestima es el camino para adaptarnos bien y ser personas exitosas. Pero, ¿es cierto?

En su artículo del New York Times *The Trouble with Self-Esteem*, Lauren Slater cita a un investigador que estudió a los criminales y concluyó lo siguiente: «El hecho es que hemos sometido a hombres antisociales a cada una de las pruebas de autoestima que tenemos, y no hay evidencia del antiguo concepto psicodinámico de que en secreto se sienten mal consigo mismos. Estos hombres son racistas o violentos porque no se sienten lo suficientemente mal consigo mismos».¹⁰

La Biblia desafía la autoadulación a la que nos aferramos en el mundo de hoy. ¿Cómo? En primer lugar, la ley de Dios expone lo fraudulento de nuestra virtud al mostrarnos la verdadera santidad de Dios. No merecemos tanto como pensamos. En segundo lugar, la Biblia simplemente cambia el tema a cuánto Dios ama a los que

EL EVANGELIO

no lo merecen. En otras palabras, el evangelio nos ayuda a dejar de estar en oposición contra Dios, porque él ama masivamente a gente mala que le niega.

Pero debemos confiar en él y abrirnos. Al fin y al cabo, sabemos cómo la falta de honestidad paraliza nuestras relaciones humanas. Por ejemplo, un amigo te hace daño y luego actúa como si nada hubiera ocurrido. Como resultado, la amistad se enfría, la distancia entre ambos crece, y de pronto hay desconfianza donde antes había espontaneidad. En algún momento, te das cuenta de que lo que hace imposible la relación no es el daño inicial, sino la negación de ese mal.

Nuestra negación obstinada de Dios es *la* mega ofensa, por encima de todas nuestras otras ofensas, que Dios trata con su enorme amor en Cristo. Nuestro mundo cree que es demasiado bueno para Dios. Es demasiado susceptible y está a la defensiva a la hora de aceptar su amor. Pero eso no detiene a Dios.

Pero, ¿y si lo hiciera? Y si Dios dijera: «Entonces, ¿así es como quieres las cosas? Entonces hazlo a tu manera. Odias la luz. Te encanta la oscuridad. Todo tu enfoque de la vida es pecar y después fingir felicidad. Te niegas a ser honesto. Está bien. Pero no puedes aferrarte a tu falsedad autofabricada y tener también mi gran amor. Esta relación ha terminado para siempre». Él tiene el derecho de decir esto. ¿Quién podría culparle si lo hiciera?

Pero, en vez de eso, ¿qué hizo Dios?

ÉL DIO A SU ÚNICO HIJO

De tal manera amó Dios al mundo «que dio a su Hijo unigénito». Este Hijo es Jesús, el Mesías prometido del Antiguo Testamento y el que cumple las esperanzas más profundas del corazón humano. La palabra *unigénito* significa que Jesús es único. No hay otro como él. Por tanto, él es irremplazable. No hay otro Salvador. El mundo no tiene otra esperanza. Nadie más va a venir del cielo para rescatarnos. Se trata del único Hijo de Dios, o la desesperación ahora, y la condenación para siempre.

¿Has considerado las cosas atrevidas que Jesús dijo acerca de sí mismo? Aquí tienes algunas, para empezar:

- «Yo y el Padre uno somos» (Jn. 10:30).
- «Creéis en Dios; creed también en mí» (Jn. 14: 1).
- «Porque si no creyereis que yo soy, en vuestros pecados moriréis» (Jn. 8:24).

C. S. Lewis nos ayuda a ir directamente al grano:

Estoy tratando de evitar aquí que nadie diga aquello tan necio que se suele decir de él: «Estoy dispuesto a aceptar a Jesús como un gran maestro moral, pero no acepto su afirmación de ser Dios». Esto es lo que nunca debemos decir. Un hombre que fuera meramente un hombre y dijera el tipo de cosas que Jesús

EL EVANGELIO

dijo, no sería un gran maestro moral. Sería un lunático... o el Diablo del infierno. Debes elegir. Este hombre era, y es, el Hijo de Dios, o es un loco, o algo peor. Puedes tomarlo por loco, puedes escupirle y matarle como si se tratara de un demonio, o puedes caer a sus pies y llamarle Señor y Dios. Pero no vengamos con un sin sentido condescendiente diciendo que fue un gran maestro humano. No nos ha dejado eso abierto a nosotros. No fue su intención.¹¹

El único Hijo, dado por el corazón masivamente amoroso del Padre, vino a este mundo «no a la fuerza, sino voluntariamente, no con un sentimiento ferviente de hacer algo mal, sino con un sentimiento agradecido por tal gran privilegio... una bendita conciencia de comunión con su Padre que le envió».¹² No lo inventamos nosotros, como si fuese una nueva religión. Él vino de Dios, como el arquetípico nuevo hombre, nuestro mejor yo, nuestro único futuro. Vivió la vida digna que nunca hemos vivido y murió la muerte culpable que no queremos sufrir. Por su vida, muerte y resurrección, Jesús cumplió todas las exigencias de Dios en nuestro lugar. Expió nuestra culpa. Satisfizo la ira de Dios contra nosotros. Venció a la muerte por nosotros. Hizo todo esto como nuestro sustituto, ya que en nuestra incapacidad nunca habríamos podido encontrar la salida. Dios nos dio a su Hijo completamente, sin reserva ninguna. Incluso, Dios lo *entregó* en

la cruz. Lo abandonó a la desolación del infierno que merecemos, para que nos diera, para siempre jamás, cosas celestiales que no podemos merecer (Ro. 8:32).

Este es el gran amor de Dios: el Hijo no deja de expresar nada de la gloria del Padre, no deja ninguna de nuestras necesidades sin satisfacer, abriendo el gran corazón de Dios a los que no lo merecen. Pero este amor tan grande está enfocado con alta precisión. El Hijo unigénito es nuestro único punto de acceso a Dios, el único dado por Dios, el único aceptable para Dios. *No hay otro*. Te reto a nombrar cualquier otra esperanza en todo este mundo de la que pueda decirse:

La obediencia y la muerte del Señor Jesús pusieron el fundamento y abrieron el camino para este grande y soberano acto de gracia. La cruz de Jesús muestra la más impresionante exhibición del odio de Dios hacia el pecado y, al mismo tiempo, la manifestación más augusta de su disposición a perdonarlo. El perdón, pleno y libre, está escrito en cada gota de sangre que se ve, se proclama en todo gemido que se escucha... ¡Oh bendita puerta de retorno, abierta y nunca cerrada, al errante de Dios! ¡Qué glorioso, qué gratuito, qué accesible! Aquí los pecadores, los viles, los culpables, los indignos, los pobres, los que no tienen nada, todos pueden venir. Aquí también el espíritu cansado puede traer su carga, el espíritu quebrantado,

EL EVANGELIO

su pesar, el espíritu culpable, su pecado, el espíritu reincidente, su desorientación. Todos son bienvenidos aquí. La muerte de Jesús fue la apertura y el vaciado de todo el corazón de Dios. Fue el derramamiento de ese océano de infinita misericordia que ansiaba una salida. Fue Dios mostrando *cómo* podía amar a un pobre pecador culpable. ¿Qué más podría haber hecho que esto?¹³

Cualquier otra esperanza se fundamenta, de forma explícita o implícita, en cuán merecedores somos. Solo el evangelio cristiano se basa —con claridad, valentía e insistencia— en lo amoroso que es Dios con el que no lo merece. Si pensaste que podías ganar, exigir, y pelear a lo largo de tu vida sobre la base de tus propios derechos e inteligencia, pero ahora encuentras dentro de ti, no luz sino tinieblas y negación, no libertad sino acorralamiento; si te has impactado a ti mismo con el mal que puedes llegar a hacer, y te has rendido en la desesperación, el Dios de amor te espera hoy con los brazos abiertos.

Cuando finalmente abandonamos nuestras pretensiones y nos abrimos al amor de Dios, siempre lo encontraremos justo donde Dios mismo lo puso, en su único Hijo. Solo en Cristo, nosotros, los culpables, encontraremos todo el amor que necesitaremos. Eso es lo que dice el evangelio.

Pero, ¿cómo llegamos hasta ahí?

PARA QUE TODO AQUEL QUE EN ÉL CREE, NO SE PIERDA, MAS TENGA VIDA

Juan concluye el versículo 16 con la respuesta: «para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna». La expresión *todo aquel* es amplia. Cualquier persona, por muy desacreditada que esté, puede entrar. Al mismo tiempo, las palabras *no se pierda, mas tenga vida eterna* son restrictivas. El perecer y la vida eterna son las únicas alternativas que tenemos ante nosotros. Cada uno de nosotros irá en una dirección o la otra. Todo depende de si *creemos en él*, el Hijo unigénito de Dios.

Entonces, ¿qué significa creer en él? Esto es lo que *no* significa. En español, podríamos decir: «Creo en el sistema de la libre empresa», esto es, «Estoy de acuerdo, me gusta». Pero, intenta hacer eso con Juan 3:16: «Porque tanto amó Dios a este mundo malvado, que dio el don sacrificial de su único Hijo, para que podamos decir: ‘Claro, eso es lo que creo; al igual que creo en todas las cosas antiguas de la tradición americana’». El gran amor de Dios exige más y provoca algo más que un asentimiento leve.

El texto griego de Juan 3:16 dice literalmente: «Todo aquel que crea *en él* no perecerá». Una creencia real nos lleva *a* Jesucristo. Una creencia real destruye el distanciamiento. Nos lleva de la autosuficiencia a estar completos en Cristo. Dejamos de tratarlo como un adorno religioso para colocarlo en nuestra vida. Más bien, hallamos en él nuestro todo. Se convierte en nuestro nuevo

EL EVANGELIO

centro sagrado. Con gusto nos perdemos en lo que él es para los pecadores desesperados. Los teólogos llaman a esta reorientación radical «unión con Cristo». Es así de profundo.

Cuando creo en Cristo, dejo de esconderme y de resistirme. Entrego mi autonomía. En respuesta a la buena noticia de todo lo que Jesús ha hecho, me lanzo a él como mi única esperanza. Quiero ser *realmente* perdonado de mis pecados *reales* por un Salvador *real*.

Cuando ves a Jesús de esta nueva manera, la Biblia dice que eres llevado a estar *en* él de forma segura, y para siempre. ¡Qué maravilla! Ahí nunca serás abandonado, porque todo el abandono cayó en la cruz, lejos de nosotros. Su gracia, recibida por fe y no por obras, te reubica profundamente en su corazón.

Gerhard Forde nos ayuda a aceptar la simplicidad de creer, como lo opuesto a querer ganárnoslo:

Somos justificados gratuitamente, por causa de Cristo, por la fe, sin nuestros propios esfuerzos, méritos u obras. La respuesta confesional a la vieja pregunta: «¿Qué debo hacer para ser salvo?» es impactante: «¡Nada! Solo quédate quieto; cállate y escucha por una vez en tu vida lo que el Dios todopoderoso, creador y redentor, le está diciendo a su mundo —y a ti— en la muerte y resurrección de su Hijo. ¡Escucha y cree!».¹⁴

El evangelio para ti

Lo que más le importa a Dios no es qué pecados hemos cometido, o en qué estado nos encontramos en comparación con otros pecadores. Lo que más le importa a Dios es si nos hemos unido por fe a su único Hijo. En otras palabras, la categoría definitiva de Dios para ti no es tu bondad *versus* tu maldad, sino tu unión con Cristo *versus* tu distancia de Cristo. Para decirlo incluso de otra manera, lo más importante acerca de ti a los ojos de Dios no son las cosas malas o buenas que has hecho, sino tu confianza y apertura a Cristo *versus* tu confianza en ti mismo y tu actitud a la defensiva hacia Cristo.

Dios lo ha simplificado todo para todos. No tenemos que ser lo suficientemente buenos. No tenemos que saber todas las respuestas. Dios tiene las respuestas. Él, amorosamente, lo ha proporcionado todo en Cristo. No hay razón para que nos detengamos. ¿Por qué permanecer frío y a la defensiva cuando Dios ofrece su inmenso amor en la persona obviamente más maravillosa que jamás haya pisado la faz de la tierra? ¿Por qué no confiar en él? Si lo haces, él te atraerá a sí mismo, y lo hará para siempre. Esta es la promesa del evangelio.

Si no crees en Jesucristo, te perderás.

¿Ves la palabra *pierda* en Juan 3:16? Mírala fijamente por un momento. Esta palabra es capturada vagamente en una obra llamada *Breath*, escrita en 1969 por Samuel Beckett, quien contribuyó al movimiento del «teatro de lo absurdo» de aquella época. La obra

EL EVANGELIO

completa dura unos treinta y cinco segundos. Las cortinas se abren para revelar una montaña de basura en el escenario. No hay actores. El único sonido es un grito humano al encenderse las luces, que es seguido de un silencio, el cual es después seguido por un gemido cuando las luces se apagan. Fin de la obra, fin de la vida, fin de la historia. Esta es una imagen de lo que es perderse; una vida que deja atrás un rastro de ropa desechada, ordenadores viejos, emisiones de carbono y oportunidades perdidas. A continuación, un funeral, y después la muerte de todos los que lloraron en tu funeral. No importará nunca más, excepto cuando estés de pie ante el juicio del trono blanco de Dios en la eternidad, donde rendirás cuentas por haberlo rechazado. El infierno es para aquellas personas que podrían haber disfrutado del amor de Dios, pero no quisieron. La Biblia dice: «Los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder» (2 Ts. 1:9). Eso significa perderse.

Pero la vida eterna está disponible ahora mismo para los pecadores merecedores del infierno, los cuales son amados grandemente por el glorioso Dios que ha dado a su único Hijo. Lo único que pide es que respondamos a esa buena noticia dejando de mirarnos a nosotros mismos para recibir a Cristo con las manos vacías de la fe. ¿Has confiado en él? ¿Has dejado de confiar en ti mismo y te has vuelto hacia él como tu Salvador? ¿Vas a hacerlo ahora? Él ofrece y promete vida eterna, en sí mismo, a todos aquellos que simplemente creen.

Jonathan Edwards nos ayuda a decidirnos para ir a Cristo:

¿Qué es lo que podrías desear en un Salvador que no esté en Cristo?... ¿Qué es aquello grande o bueno, venerable o victorioso, o adorable? ¿En qué cosa alentadora podrías pensar que no pueda encontrarse en la persona de Cristo? ¿Dejarías que tu Salvador fuese grande y honorable, ya que no estás dispuesto a estar en deuda con una persona de menor rango? ¿Y no es Cristo lo suficientemente honorable para ser digno de tu dependencia de él? ¿No es él lo suficientemente sublime como para ser designado para una obra tan honorable como tu salvación? ¿Estarías dispuesto a que tu Salvador no solo fuera de alto nivel, sino que también bajase a un nivel bajo, para que experimentase aflicciones y pruebas, con el fin de aprender por las cosas que ha sufrido, a compadecerse de aquellos que sufren y son tentados? Y, ¿no se ha rebajado Cristo lo suficiente para ti, y no ha sufrido lo suficiente?... ¿Qué falta, o qué agregarías si pudieras, para que Cristo encajara mejor como tu Salvador?¹⁵

DE LA DOCTRINA A LA CULTURA

El amor de Dios en Cristo es la impresionante doctrina de Juan 3:16. Aquí está la hermosa cultura de la iglesia requerida por esta doctrina: «Amados, si Dios nos ha amado *así*, debemos también nosotros amarnos unos a otros» (1 Jn. 4:11).

EL EVANGELIO

Pedro lo expresa así: «Amaos unos a otros entrañablemente» (1 P. 1:22). No que nos amemos moderadamente, sino entrañablemente, del modo que Dios ama.

Hay mucho amor en este mundo, en su mayoría moderado. Pero bajo la bendición de Dios, la doctrina del evangelio abre nuestros corazones para recibir algo que está más allá de este mundo. Vemos de verdad cuán grande es el amor de Dios, por lo que nos despojamos de nuestra indiferencia y nos unimos para cuidarnos unos a otros de manera real, así como Dios se preocupa de nosotros maravillosamente. Es entonces cuando una iglesia empieza a lucir como una comunidad en la que el Dios de Juan 3:16 habita con poder. Es entonces cuando el mundo puede ver su amor en realidad, y muchos se unirán a nosotros en Cristo y vivirán para siempre.

La doctrina del evangelio crea una cultura del evangelio, y esto es importante.

EL EVANGELIO PARA LA IGLESIA

Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella.

Efesios 5:25

La doctrina de la gracia crea una cultura de gracia en la que cosas buenas suceden a personas malas. Una cultura de iglesia llena de gracia demuestra que Jesús es el Santo que perdona a los pecadores, el Rey que hace amigos a sus enemigos, el Genio que nos aconseja cuando fallamos.

La doctrina y la cultura del evangelio no coexisten por mera casualidad. La doctrina crea y sustenta a la cultura. Nuestra forma de vivir juntos en nuestras iglesias es el resultado de lo que creemos juntamente. Por tanto, el evangelio debe llegar a cada uno de nosotros personalmente. Tú y yo debemos creer el evangelio por nosotros mismos, en primer lugar y por encima de todo. No obstante, el evangelio crea también un nuevo tipo de comunidad; una cultura del evangelio llamada iglesia.

EL EVANGELIO

¿Qué es una iglesia? Una iglesia —no *la* Iglesia sino *una* iglesia— es un cuerpo de creyentes en Jesús, quienes juntos reciben vida de él de maneras regulares, prácticas y organizadas, que aceleran su progreso para él.¹ Tú y yo somos uno con todos los verdaderos cristianos que ha habido a lo largo de la historia; Agustín, Martín Lutero, Johann Sebastian Bach, y muchas otras personas increíbles. Es algo emocionante. Pero la unidad de la iglesia se convierte en nuestra experiencia verdadera en la unidad de una iglesia. En nuestras iglesias locales, aquello que compartimos va más allá de nuestras experiencias con los cristianos en general. Ser parte de una iglesia nos libera de un vago idealismo y nos da impulso para un avance real del evangelio, lo cual tendrá un impacto eterno.

Tu iglesia es más que un grupo de personas que se reúne los domingos. Para meramente estar junto a otras personas, podrías ir a un partido de fútbol profesional un domingo por la tarde. Los hinchas de un equipo pueden sentarse juntos, vestirse con los colores de su equipo y animar al unísono cuando su equipo logra un tanto. Pero cuando el partido termina, salen del estadio, conducen hasta su casa y siguen con sus vidas por separado. Incluso podrías asistir a un gran evento cristiano para una mera reunión. Podría haber una magia maravillosa en el ambiente pero, ¿hay algo *colectivo* que dure una vez que el evento ha terminado y todos se marchan?

El evangelio para la iglesia

Digamos que conoces a alguien en ese evento cristiano. Te cayó muy bien esa persona. Dos semanas después, te encuentras a esa persona en una cafetería. Esto resulta agradable, pero no es una cultura del evangelio. Solamente en una iglesia somos *miembros* de Cristo, y los unos de los otros, avanzando juntos como un cuerpo bien coordinado (1 Co. 12:12-27). Sufrimos y crecemos estando juntos. Estando juntos alabamos, crecemos y servimos, conforme a la Palabra de Dios. Esto es tu iglesia; la zona cero de un nuevo tipo de *comunidad* que Cristo está creando en el mundo hoy para mostrar su gloria. Esto es una cultura del evangelio.

Obviamente pagamos un precio al entregar nuestras vidas a una comunidad verdadera. Perdemos algo de nuestro espacio, tiempo y libertad para hacer aquello que deseamos. Pero la Biblia nos dice que nos sometamos los unos a los otros (Ef. 5:21). Esto requiere que nos ajustemos, para encajar, para siempre buscar el beneficio mutuo.

Así que, déjame hacerte una pregunta sencilla: ¿A quién te estás sometiendo? Cada uno de nosotros debería de tener una buena respuesta para esto. La Biblia llega al punto de decir, «que reconozcáis a los que... *os presiden* en el Señor» (1 Ts. 5:12).

La Escritura es clara. Los cristianos tienen que escoger entre aislarse, lo cual es fácil, o pertenecer, lo cual es costoso; pero mucho más satisfactorio.²

EL EVANGELIO

Esta es la razón por la que nuestra pertenencia a una iglesia le importa tanto a Dios. Somos piedras vivas en el templo espiritual que él está construyendo en el mundo hoy (1 P. 2:4-5). Él quiere habitar *en medio de su pueblo*, y nosotros como piedras vivas nos encontramos a nosotras mismas cuando somos colocadas en el templo espiritual.³ En la Biblia no hay cristianismo sin iglesia. Como miembros de una sociedad individualista, debemos afrontar este hecho. Dios está construyendo una nueva *comunidad* y vale la pena pertenecer a ella.

En Juan 3:16, vimos que Dios amó tanto al mundo en general que dio a su Hijo unigénito. En Efesios 5:25b-27, vemos que Cristo amó a la iglesia en particular, por lo que se entregó a sí mismo por ella. Esta es la doctrina del evangelio. Consideremos este pasaje frase por frase.

CRISTO AMÓ Y MURIÓ POR LA IGLESIA

Pablo enseña que «Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella» (Ef. 5:25b). Toda la actitud de Cristo hacia su iglesia, es amor. Nunca ha existido un solo momento en el que no haya amado a su pueblo, con todo su gran corazón. John Flavel, un teólogo puritano, recrea imaginativamente la conversación entre Dios Padre y Dios Hijo en la eternidad pasada; antes de que el tiempo comenzara:

El evangelio para la iglesia

Padre: Hijo mío, aquí hay un grupo de pobres almas miserables, que se han destruido completamente a sí mismas y ahora se encuentran bajo mi justicia. La justicia demanda satisfacción por ellas, o será satisfecha en la ruina eterna de ellas. ¿Qué se hará por estas almas?

Hijo: Oh Padre mío, tal es mi amor y compasión por ellas, que en lugar de que perezcan eternamente, me responsabilizaré de ellas como su Garantía. Trae todas sus deudas, para que pueda ver lo que te deben. Señor, tráelas todas, para que no queden con ellas ajustes de cuentas posteriores. De mi mano toma lo que requieres. Preferiría escoger sufrir tu ira antes de que ellas la sufran. Sobre mí, Padre mío, sobre mí sean todas sus deudas.

Padre: Pero Hijo mío, si vas a hacerte cargo de ellas, debes pagar hasta el último céntimo. No esperes descuentos. Si a ellas las perdono, a ti no te perdonaré.

Hijo: Estoy dispuesto, Padre, que así sea. Ponlo todo a mi cuenta. Soy capaz de pagar su deuda. Y aunque me deshaga, aunque empobrezca todas mis riquezas y vacíe todas mis cuentas, aun así, estoy conforme con hacerme cargo.⁴

EL EVANGELIO

Nosotros no arruinamos el plan de Dios; nosotros *somos* su plan, su plan eterno para amar a los que no lo merecen, para mostrar su gloria. Conforme a su amoroso plan, Cristo se dio a sí mismo por su Iglesia en la cruz. Toda la ira de Dios contra los pecados de la iglesia fue para siempre aplacada en Cristo crucificado. Él se dio tan plenamente, que pagó hasta el último céntimo de nuestra deuda. Nos liberó completamente, aunque le costó todo. Por tanto, solo por Jesús, la aprobación de Dios ahora sonrío sobre su Iglesia.

PARA SANTIFICARLA Y LIMPIARLA POR LA PALABRA

No fue porque nosotros fuésemos atractivos. Cristo nos vio, y nos ve, como realmente somos: impuros. ¿Por qué se entregó a sí mismo por una Iglesia sin atractivo? Pablo continúa: «para santificarla, [limpiarla³] en el lavamiento del agua por la palabra» (Ef. 5:26).

El eterno amor y la muerte de Cristo tuvieron un propósito: santificar a la Iglesia. Él se propuso consagrarnos, apartarnos para sí mismo. Su amor es demasiado grande como para dejarnos seguir con nuestras vidas egocéntricas. Por tanto, tomó posesión de nosotros con un propósito santo, de modo que ya no nos pertenecemos a nosotros mismos. Nos sacó del pozo y nos reclamó para él. La palabra *santificar* nos llena con una nueva dignidad. Ahora

podemos estar de pie y no arrastrarnos más. Pertenecemos a Cristo el Salvador y a ningún otro. ¿Cómo podría ser de otra manera?

En el contexto de Efesios 5, el amor de Cristo es de naturaleza *marital*. Y nuestro nuevo matrimonio con él, nuestra unión solo con él, no es el resultado de nuestra heroica decisión por él, sino de su misericordiosa elección por nosotros.

Cuando un hombre busca novia, a menudo busca una reina de la belleza. Pero Cristo escogió a la que estaba sucia y necesitaba de su purificación. El Hijo de Dios cruzó las vías hacia la parte mala de la ciudad, en la que nosotros vivíamos, para encontrar a su novia. Trajimos a la relación nuestro trasfondo conflictivo, nuestros problemas actuales y nuestra vergüenza. Pero ahora podemos hacer frente a todas estas cosas, por lo que él trajo a la relación: limpieza suficiente para toda nuestra sucia culpa.

¿Cómo purifica Cristo a su esposa? Lo hace mediante «el lavamiento del agua por la palabra». Algunos intérpretes entienden esto como una referencia al bautismo. Pudiera estar incluido, pero es más probable que Pablo estuviera pensando en el ministerio del evangelio en nuestras iglesias.⁶ La Biblia dice, «ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios» (1 Co. 6:11). Entonces, ¿qué está diciendo Efesios 5:26? El Señor, habiéndonos reclamado para sí mismo, hace que su amor sea real, a medida que la palabra del evangelio nos lava domingo tras

EL EVANGELIO

domingo. Es así como nos refresca y prepara a sus iglesias para él. No hay nada en Cristo que sea degradante, no tenemos que preocuparnos ni filtrar nada. Su eterno amor llueve sobre nuestras iglesias con un poder que nos renueva a través del ministerio de las palabras del evangelio (véase Is. 55:10-11).

El profeta Ezequiel también vio a Dios como el esposo de su pueblo (Ezequiel 16). Vio a la joven nación de Israel como una recién nacida abandonada, que no había sido lavada ni amada. Entonces Dios vino y su corazón se compadeció de ella. La cuidó, la lavó, la vistió y la crió. Llegó a ser hermosa, y entonces se casó con ella y la adornó.

«Pero», dijo Dios a su pueblo, «confiaste en tu hermosura, y te prostituiste a causa de tu renombre, y derramaste tus fornicaciones a cuantos pasaron» (Ez. 16:15). Esta declaración es perturbadora. ¿De qué está hablando el Señor? Está hablando de una dura pero importante verdad. Siempre que nuestros corazones pecadores no encuentran satisfacción en el amor de nuestro divino Esposo, y buscamos otros remedios y consuelos para nuestra ansiedad, soledad y necesidades, dejando fuera a Dios, estamos cometiendo adulterio espiritual. ¿Quién de nosotros no ha hecho esto? Todos nos hemos prostituido en un sinnúmero de ocasiones. El evangelio no es la historia de Cristo amando a una novia pura que le ama; es la historia del amor de Cristo por una prostituta que piensa que él no tiene nada que ofrecer y continúa entregándose a los demás.

Es por ello que toda iglesia apartada para Cristo sigue necesitando una limpieza tan profunda que debe de venir de lo alto a través del ministerio continuo de la Palabra.

Pido disculpas por describirlo tan explícitamente, pero así es como consta en la Biblia. Tenemos que afrontarlo. ¿Cómo esperamos ser honestos con Cristo si apartamos los ojos del crudo retrato que hace la Biblia de nuestra corrupción natural? La Biblia nos advierte de que una actitud blasfema acecha nuestros corazones. Nos decimos: «¿Qué tiene de importante hacer esta u otra concesión? Él lo entenderá. Es todo gracia, ¿no?». Pero, ¿qué hombre diría esto?: «¿Qué tienen de grave los adulterios de mi esposa? Es un mero matrimonio. Lo comprendo. Soy todo gracia». De la misma manera, nuestro Esposo divino tampoco piensa: «Bueno, ha traído otro amante a nuestra cama, pero mientras me dejen dormir... No hay problema». Solo pensarlo resulta repugnante.

El amor de Jesús es sagrado. Él lo da todo y lo exige todo, porque es un *buen* esposo. Solo un amor exclusivo es verdadero amor. Solo una gracia purificadora es verdadera gracia. ¿Podríamos desear una gracia que no nos limpiara para Cristo?

Démonos de una forma renovada a nuestro Señor y solamente a él, y nunca dejemos de hacerlo. Nunca dejemos de decirle a nuestra generación: «No estamos diciendo que Jesús sea un camino o incluso el mejor camino. Estamos diciendo que él es el único camino. Ven a unirse al único amor verdadero que existe en todo

EL EVANGELIO

el universo. Sal del prostíbulo de este mundo, donde todo está en venta y cada uno tiene un precio. Ven al matrimonio eterno, donde nunca más serás comprado y vendido, sino amado y apreciado para siempre. Puedes ser limpiado de todas tus fornicaciones por el poder de su gracia. Puedes recuperar tu virginidad, puedes recuperar tu integridad, dada gratuitamente por el amor de Cristo, refrescada constantemente mediante el evangelio de Cristo. ¡Ven a él!».

El propósito inicial de Cristo para su iglesia es reclamarnos como suyos y renovarnos. Pero aun hay más.

A FIN DE PRESENTARLA COMO UNA IGLESIA GLORIOSA

Cristo tiene un propósito aun más grande para su iglesia. Nos lleva hasta la eternidad futura. Pablo dice que él murió por la iglesia y la lavó con la palabra, «a fin de presentársela [él] a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha» (Ef. 5:27). Las palabras enfatizadas aquí son *él* y *a sí mismo*. *Él* nos embellecerá. *Él* satisfará su amoroso corazón por nosotros.

La Biblia nos dice que Dios es un Dios celoso (Éx. 34:14). Pablo despliega ese piadoso celo cuando escribe a la iglesia de Corinto, «Porque os celo con celo de Dios; pues os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a

El evangelio para la iglesia

Cristo» (2 Co. 11:2). No debería ser sorprendente, por tanto, ver lo que Pablo espera de una iglesia: «sincera fidelidad a Cristo» (v. 3). Si nuestras iglesias llegan a ser tan necias como para decir que Jesús es uno más entre otros, si permitimos que alguna otra pasión interfiera en nuestro reverente disfrute del Señor Jesucristo, desafiaremos su amoroso propósito y nos corromperemos. El Señor podrá devolvernos nuestro honor, pero solo mediante nuestro arrepentimiento.

Nada en todo el mundo, por muy tentador que sea, se compara con Cristo. Mira el glorioso destino que tiene para su pueblo. Nos presentará a sí mismo en *esplendor*. En aquel día de boda en los cielos, la esposa no necesitará maquillaje (Ap. 21:2). Él nos mirará a los ojos y nos dirá «amor mío, eres perfecta», y no estará exagerando. La verdadera santidad no es aburrida, monótona o negativa. Esas son características de la religiosidad humana. La auténtica santidad que Cristo crea es *hermosa*. Y la santidad que él da redimirá toda cosa sucia que hayamos hecho o hayamos sufrido de los demás. Seremos «sin mancha ni arruga ni cosa semejante». Seremos perfectos para siempre, pues finalmente estaremos con él, y seremos para él *solamente*. Él lo hará. Lo ha prometido.

El amor de Cristo es el poder más grande del universo; mucho más grande que todos nuestros pecados. John Owen, un teólogo puritano, compara nuestro débil amor con ese poderoso amor:

EL EVANGELIO

Un hombre puede amar a otro como a sí mismo, pero aun así es posible que su amor no pueda ayudarlo. Puede compadecerse de que esté en prisión, pero no liberarlo, lamentarse de su miseria, pero no ayudarlo, sufrir con él en sus problemas, pero no aliviarlo. Nuestro amor no puede producir gracia en un niño, ni misericordia en un amigo; no podemos amarlos para que vayan al cielo, aunque sea el mayor deseo de nuestra alma... Pero el amor de Cristo, siendo el amor de Dios, es efectivo y fructífero para producir todas las cosas buenas que él desea para sus amados. *Su amor produce vida, gracia y santidad en nosotros; nos ama mediante un pacto, su amor nos lleva al cielo.*⁷

Esta es la doctrina del evangelio de la iglesia. Nos limpia y nos renueva.

DE LA DOCTRINA A LA CULTURA

¿Y qué decir de la cultura del evangelio de la iglesia? Incluye mucho, tanto la posibilidad de ser honestos acerca de nosotros mismos, como esperar en el amor de Cristo, nuestro esposo. Pero, por encima de todo, la cultura del evangelio de la iglesia se caracteriza por una hermosa santidad. Sigue siendo imperfecta en esta vida, pero es visible y encantadora. Nuestro Señor nos dice, «sed santos, porque yo soy santo» (1 P. 1:16). Una nueva

cultura de santidad al Señor brota de lo profundo; de corazones que son refrescados en el amor de Cristo, que se han entregado solo a él. Podemos ver nuestra falta de santidad y pensar: «No soy bueno en esto. Solo fallaré, fallaré y fallaré. Por tanto, la santidad no importa». Pero el evangelio nos enseña a pensar así: «No soy bueno en esto. Fallo, fallo y fallo. Por tanto, la promesa de Cristo es lo que importa. Él me hará santo, como él es santo, para su propia gloria. Creeré en el evangelio. Pondré mi confianza en el gran amor de Cristo».

Así es como hacemos que esta confianza sea una realidad práctica. La Biblia dice que nos hemos casado con el Cristo resucitado, con el propósito de dar fruto para Dios (Ro. 7:4). No estamos casados con un Jesús muerto e indefenso, sino con un Jesús vivo y poderoso. En la conversión, ¿qué hicimos? Nos dimos a él. Nos lanzamos en sus brazos. Nos rendimos a su amor y comenzamos a cambiar por su poder. Pero como en cualquier matrimonio sano, debemos darnos a él una y otra vez. Nos dimos a él una vez, y nos damos a él constantemente, en confianza y rendición, en todo momento. Entonces, con el tiempo, él trae fielmente su fruto a través de nosotros.⁸ Su santidad se empieza a mostrar, solo por su milagroso poder, en nuestra debilidad y corrupción. De esta forma, las personas pueden ver su hermosura en el mundo hoy; en iglesias agradecidas con santidad.

EL EVANGELIO PARA TODO

Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas.

Apocalipsis 21:5

La doctrina del evangelio crea culturas del evangelio llamadas iglesias, en las que cosas maravillosas suceden a personas indignas, para la gloria de Cristo solamente. Pero esto no acaba en nuestras iglesias. Una iglesia definida por el evangelio es una señal profética que apunta más allá de sí misma. Es un hogar modelo del nuevo vecindario que Cristo está construyendo para la eternidad.¹ Las personas pueden entrar en este tipo de iglesias ahora mismo para ver una belleza humana que durará para siempre. Tal iglesia hace que el cielo sea real para las personas en la tierra, por lo que pueden poner su fe en Cristo ahora, mientras todavía tienen oportunidad.

Apocalipsis 21 nos muestra cuán grande es el evangelio realmente. Es tan grande como el universo. La redención es tan

EL EVANGELIO

grande como la creación. ¿Cómo podría ser de otra manera? La historia de la Biblia empieza aquí: «En el principio creó Dios los cielos y la tierra» (Gn. 1:1) y termina aquí: «Vi un cielo nuevo y una tierra nueva» (Ap. 21:1).

Lesslie Newbigin enfatiza la importancia de cómo comienza y termina la Biblia: «La Biblia es única entre los libros sagrados de las religiones del mundo, pues es en estructura una historia del cosmos. Dice mostrarnos la forma, la estructura, el origen y la meta, no simplemente de la historia humana, sino de la historia cósmica».²

Necesitamos una esperanza así de grande. Al fin y al cabo, vivimos en un mundo que ha sido sujetado a vanidad (Ro. 8:20). Somos personas lisiadas en un mundo lisiado, y experimentamos el dolor cada día. Bob Dylan lo resume en su forma típica:

Botellas rotas, platos rotos

Interruptores rotos, puertas rotas

Vajillas rotas, partes rotas

Las calles están llenas de corazones rotos

Palabras rotas que nunca tuvieron la intención de ser pronunciadas

Todo está roto.³

Es por la misericordia de Dios que algo funcione en absoluto. A veces pensamos: «Mi vida es dura, ¿dónde está Dios?». Cuando deberíamos estar pensando: «Mi vida es soportable. Gra-

cias, Dios». ¿Por qué no todos tenemos cáncer, SIDA o diabetes? ¿Por qué no todos planeamos asesinar a alguien? ¿Por qué amamos a Jesús? Hay solo una explicación: Dios está detrás del desorden, sosteniéndonos, y llevándonos incesantemente hacia Cristo; «acá abajo los brazos eternos» (Dt. 33:27). La Biblia dice que en este preciso momento el Señor Jesús «sustenta todas las cosas con la palabra de su poder» (He. 1:3). Juan Calvino comenta: «‘Sustentar’ es usado en el sentido de cuidar y mantener toda la creación en su estado apropiado. Él ve que todo se desintegrará rápidamente, si no es sustentado por su bondad».⁴

La esperanza del evangelio es mucho más que un empujón psicológico que nos ayuda a empezar el lunes por la mañana. Fíjate en la magnitud de lo que Dios nos ha prometido:

Porque he aquí que yo crearé nuevos cielos y nueva tierra; y de lo primero no habrá memoria, ni más vendrá al pensamiento.
(Is. 65:17)

En ese gran día final, cuando entremos juntos en la nueva creación, puede que te gires y me digas: «Oye Ray, estoy intentando acordarme: ¿Lo llamábamos ‘cáncer’? ¿Era así? Bueno, no importa. ¡Aquí estamos!».

De hecho, esta restauración divina del orden creado, predicha por los profetas, no está completamente delante de nosotros. El

EL EVANGELIO

futuro prometido llegó a este mundo hace dos mil años, cuando Jesús anunció que él estaba empezando a cumplir las antiguas profecías (Lc. 4:16-21). Este es el motivo por el que Jesús sanaba a las personas. Sus sanidades no eran trucos. Eran un anticipo de las maravillas venideras. Estoy en desacuerdo con la teología de Jürgen Moltmann en algunos puntos, pero él nos ayuda a ver este aspecto de la realidad claramente:

Cuando Jesús expulsa demonios y sana a los enfermos, está sacando de la creación los poderes de la destrucción, y está sanando y restaurando seres creados que están heridos y enfermos. El señorío de Dios, del cual testifican las sanidades, restaura a una creación enferma hacia la salud. Las sanidades de Jesús no son milagros sobrenaturales en un mundo natural. Son la única cosa verdaderamente «natural» en un mundo que es antinatural, y que está demonizado y herido... Finalmente, con la resurrección de Cristo, la nueva creación comienza *pro toto*, con el crucificado.⁵

La resurrección de nuestro Señor nos ofrece un destello, en un hombre, de la futura raza humana redimida. Jesús resucitado es el segundo Adán, un nuevo comienzo (1 Co. 15:45). Y quienes somos creyentes, compartimos ahora su novedad de vida: «Si alguno está en Cristo, nueva criatura es» (2 Co. 5:17). Convertirse en

cristiano no solo añade algo al viejo tú; crea un nuevo tú. Cristo resucitado mora ahora en ti, para no irse nunca (Ro. 8:10-11).

Las personas que creen en este grandioso evangelio lo demuestran. Todavía sufrimos, como los demás, pero estamos «entristecidos, mas siempre gozosos» (2 Co. 6:10). «Nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios» (Ro. 5:2). Cada uno de nosotros es como un vagabundo que duerme debajo de un puente y come de los contenedores de basura. Un día, una limusina se detiene y se acerca un abogado que le da una carta. Un tío perdido por mucho tiempo ha muerto y le ha dejado una fortuna. El cheque llegará en unos pocos días. De pronto, el refugio de cartón no se siente tan desesperanzador. Una enorme fortuna está por llegar.

De la misma forma, una iglesia rica en el evangelio se regocija en la esperanza. Somos pobres pecadores que podemos mirar más allá de las circunstancias presentes y disfrutar nuestro futuro por la fe ahora mismo.

Gracias a Jesús, nuestra existencia es gloriosa incluso ahora, y poseemos la promesa de una gloria eterna por venir. Qué distinto es esto del cinismo popular de nuestros días. Dorothy Sayers describe este ethos:

En el mundo se llama Tolerancia, pero en el infierno se llama Desesperación... el pecado que no cree en nada, no se preocupa por nada, no busca saber nada, no interfiere con nada,

EL EVANGELIO

no disfruta de nada, no odia nada, no encuentra propósito en nada, no vive para nada, y sigue vivo porque no hay nada por lo que moriría.⁶

La desesperanza es un pecado intelectual y social. Niega la doctrina del evangelio y destruye la cultura del evangelio. Pero Dios está creando culturas de esperanza, de expectación, y de júbilo en nuestras iglesias, por lo que las personas pueden ver un destello del futuro y unirse a nosotros.

¡Hey, a todos mis amigos cristianos ahí afuera! *¡Ya no vamos al infierno! ¡Vamos al cielo para siempre!*

Y el cielo no será cantar en un coro góspel entre las nubes. El cielo consistirá en gente real viviendo en una creación real, libres de todo mal y miseria, y renovados en una hermosura inimaginable, porque el Señor estará con nosotros.

Este brillante evangelio tiene el poder de sostenernos a través de nuestras dificultades en este mundo, del mismo modo que una estrella ayudó a Sam Gamgee en medio de su difícil viaje con Frodo, en la trilogía del *Señor de los Anillos*. Adentrados en la maligna tierra de Mordor, Sam estaba mirando al cielo nocturno cuando las nubes se apartaron un poquito:

Por un momento, Sam vio parpadear una estrella blanca. Su belleza golpeó su corazón, al levantar la vista de esa tierra aban-

donada, y la esperanza regresó a él. Como un rayo, claro y frío, le perforó el pensamiento de que finalmente la Sombra era tan solo algo pequeño y pasajero; había luz y gran belleza perpetuas más allá de su alcance.⁷

Apocalipsis 21:1-5 brilla como esa estrella en nuestro cielo nocturno. La promesa de este pasaje no se irá, no importa lo oscura que sea la noche. Veámoslo.

VI UN CIELO NUEVO Y UNA TIERRA NUEVA

El pasaje comienza, «Vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existía más» (Ap. 21:1).

Este versículo no nos dice que Dios desechará la naturaleza; nos dice que la redimirá. La palabra clave aquí es *nuevo*, la cual aparece cuatro veces en el pasaje (vv. 1, 2, 5). *Nuevo* no significa que el universo será completamente nuevo, como si no fuese a tener ninguna continuidad con el universo presente. Significa que este universo, este cielo y tierra presentes, será renovado. Dios restaurará esta creación que hizo, posee y ama; esta creación en la que nos sentimos como en casa.

Arreglar las cosas rotas es la forma de actuar de Dios. Supe de una madre africana a la que su hijo le preguntó, «¿Qué hace Dios durante todo el día?». La mujer sabiamente respondió: «Reparar

EL EVANGELIO

cosas rotas». ⁸ Dios toma bienes dañados, como nosotros, y trae una renovación que jamás será desecha. Nunca habrá otra «caída de Adán» que revierta lo que Jesús ha creado de nuevo.

¿Por qué dice el versículo 1 que «el mar ya no existía más»? El libro de Apocalipsis es altamente simbólico, y a menudo el Antiguo Testamento explica el simbolismo. Esto pasa aquí. El profeta Isaías escribió, «Pero los impíos son como el mar en tempestad, que no puede estarse quieto, y sus aguas arrojan cieno y lodo» (Is. 57:20). A lo largo de la historia, los malvados han causado olas de agitación social, con enojo y frustración. Nunca están asentados, nunca en paz. Pero en aquel día final y eterno, no nos tendremos que preocupar por las guerras, los vandalismos, los asesinatos, los desplomes de la bolsa, las tomas de poder hostiles, o las tendencias sociales degradantes. Por tanto, ¡este versículo *no* está diciendo que no habrá surf en el cielo! Más bien, cuando Cristo venga, tendremos verdadera paz en el mundo.

Y VI LA CIUDAD SANTA DESCENDER DEL CIELO

¿De dónde vendrá este nuevo y maravilloso *shalom*? Vendrá de lo alto. Juan continúa: «Y vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido» (Ap. 21:2).

Deberíamos hacer todo el bien que podamos en este mundo ahora, pero nunca construiremos el cielo en la tierra. Solo Dios

puede hacerlo, y lo hará en la segunda venida de Cristo; solo para su gloria.

¿Qué nos traerá Dios de lo alto? La comunidad perfecta. Imagina a todos los miembros de tu iglesia viviendo juntos en perfecto amor, simpatía, justicia y comprensión. Incluso más, imagina una versión todavía más variada de tu iglesia —con representantes de cada tribu, lengua y nación— viviendo de tal forma que cada uno considera los intereses del otro más que los suyos propios. Sin mentiras, sin poses, sin competiciones. En lugar de esto, un gozo compartido, un trabajo compartido y un celo compartido.

La promesa del evangelio no consiste en que vayas al cielo para estar a solas con Jesús. La promesa es que todo el pueblo de Dios estará con él en una comunidad gloriosa para siempre. Seremos una ciudad, una *nueva* Jerusalén, el verdadero y eterno lugar en el que Dios mora entre su pueblo.

¿Por qué una ciudad? En parte porque el cielo *no debería* ser una ciudad. Caín inventó la ciudad como su forma de huir de Dios (Gn. 4:17). Una ciudad hecha por el hombre es más que un conjunto de edificios. Es un mecanismo creado para vivir sin tener que depender de Dios. Puedes arreglártelas solo en una ciudad. Puedes esconderte en una ciudad. Pero, ¿qué hace Dios con nuestra estrategia para evadirle? Él convierte la ciudad en *el cielo*. ¡Eso es lo que hace un Redentor!

EL EVANGELIO

Será una ciudad santa. No habrá suburbios, ni basura, ni grafitis, ni humo, ni suciedad, ni mugre ni pecado. A veces a Las Vegas se le llama «la ciudad del pecado». En el fondo, tristemente, a todos nos gusta el pecado, así que ninguno de nosotros puede mirar por encima del hombro a Las Vegas. Pero, ¿qué puede hacer Dios nuestro Redentor por la ciudad del pecado? Cuesta imaginarlo, pero una cosa es segura: Las Vegas divinamente renovada no será aburrida. El aburrimiento es lo que nosotros creamos, y entonces construimos lugares malignos como los casinos para compensar el aburrimiento. Pero, ¿funciona? ¿Has visto a las personas sentadas frente a las máquinas tragamonedas, metiendo sus monedas? ¿Se parecen a las personas de los anuncios comerciales; jóvenes, guapas, pasándolo genial? La ciudad de Dios no será construida sobre falsas promesas. Él no puede decepcionarnos así. Su santa ciudad, la Nueva Jerusalén, nos satisfará de maneras que siempre hemos anhelado.

Y esta es la razón: la santa ciudad, aunque maravillosa, será más que una comunidad horizontal. También será una novia adornada para el Novio celestial (v. 2). El libro del Apocalipsis habló antes de «las bodas del Cordero» (Ap. 19:7). Esto también puede ser difícil de imaginar para nosotros. Hay momentos en la vida en los que nos cuesta creer que Cristo nos ama, y nos cuesta amarle. Pero no será siempre así. La promesa del evangelio es que nuestras iglesias serán «adornadas para [nuestro] esposo». Su amor sanará

nuestra vergüenza y nos sacará de la incredulidad y la apatía. Le amaremos con un ardiente afecto, incluso como él siempre nos ha amado, intensamente, con todo su gran corazón.

Ese día maravilloso no terminará nunca. No habrá decepción tras la luna de miel. Por siempre nuestra experiencia será de amor entre nosotros y nuestro Salvador. Nunca experimentaremos nada más, ni nada menos.

HE AQUÍ EL TABERNÁCULO DE DIOS CON LOS HOMBRES

Las gloriosas promesas ofrecen todavía más:

Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron. (Ap. 21:3-4)

Puede haber mucho dolor en nuestras vidas ahora. Muchos remordimientos, tantas lágrimas que nadie ve. Al recibir los golpes de esta vida, a veces nos preguntamos: «¿Podré algún día recuperar mi vida? ¿Simplemente me tengo que conformar con mi futuro?».

EL EVANGELIO

Pero, ¿y si estos increíbles versículos son verdaderos? ¿Y si realmente describen *nuestro* futuro en Cristo?

El plato fuerte es este: «Dios mismo estará con ellos como su Dios». Se acerca el día en el que conoceremos a Dios en su inmediata presencia, y esta no será una de reproche sino de descanso. Estaremos en su presencia no porque hayamos vencido a nuestro pecado o porque nos hayamos mejorado a nosotros mismos, sino porque Cristo tomó sobre sí todo nuestro pecado y tristeza, a la vez que nos dio sus dulces e infinitas misericordias. Él nos abrirá los gozos eternos, actualmente ocultos en las sagradas realidades de quién es Dios. Esta es *la* gran promesa del evangelio. Y es dada a todo aquel que cree, solo a través de los méritos de Cristo. De otro modo, tenemos que preguntarnos, «¿Cómo alguien como yo podría tener a Dios?». A causa de los méritos de Cristo, la pregunta en realidad es, «¿Cómo alguien como yo podría rechazar a Dios?».

Amigo mío, no rechaces a Dios. ¿Hay algo que esté reteniendo de recibir a Dios como tu gozo eterno?

En la era del Antiguo Testamento, Dios moró entre su pueblo en el tabernáculo, y después en el templo (Éx. 25:8). Dios le dijo a Salomón que, mientras que el rey obedeciera, Dios permanecería entre el pueblo (1 R. 6:11-13). Pero Salomón, y sus descendientes que le sucedieron en el trono, desobedecieron, así que la gloria se apartó (Ez. 9-11). Incluso antes de apartarse, los muros del templo separaban al pueblo de Dios de la presencia de Dios.

En el grande y eterno día prometido en Apocalipsis 21, no habrá muros, ni separación, ni distancia, ni ausencia. En vez de esto, habrá una intimidad directa y personal con Dios eternamente. En su presencia, no habrá dolor, ni sufrimiento. Él secará toda lágrima de nuestros ojos. La profunda angustia de nuestros sufrimientos en esta vida se resolverá completamente. Nos alzaremos sanados y completos, para no volver a llorar jamás.

Esta es la inestimable esperanza que nos es dada en la Biblia: «Dios mismo estará con ellos como su Dios».

¡Oh, cómo deberíamos entonces odiar el evangelio de la prosperidad y su promesa de riqueza terrenal por encima y sobre Jesús! Ese falso evangelio insulta a Dios, poniéndolo como algo de segunda clase, como un útil trampolín hacia un trabajo mejor o una casa más grande. El evangelio de la prosperidad también nos roba, alejando nuestros corazones del único gozo para el que fuimos creados; Dios mismo.

Aquí está la promesa del verdadero evangelio, tal y como Jonathan Edwards la describe:

Allí, en el cielo, esta infinita fuente de amor —este eterno Tres en Uno— está abierta sin ningún obstáculo que dificulte el acceso... Allí este glorioso Dios se manifiesta y resplandece en gloria plena, en rayos de amor. Y allí esta gloriosa fuente fluye por siempre en arroyos, sí, en ríos de amor y deleite, y estos

EL EVANGELIO

ríos aumentan, por decirlo así, en un océano de amor, en el que las almas de los rescatados podrán bañarse con el más dulce disfrute, y sus corazones serán, por así decirlo, inundados de amor!⁹

ÉL HACE NUEVAS TODAS LAS COSAS

Juan concluye esta sección con un real decreto: «Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas» (Ap. 21:5).

Esta es la verdadera magnitud del evangelio bíblico: No habrá nada viejo, ruinoso, impuro, o desgastado en el radiante reino de Cristo. No encontraremos nada que pueda asociarse con un triste recuerdo. Todo lo que experimentemos, toda nueva asociación y recuerdo, crecerá exponencialmente, purificando e intensificando nuestro gozo para siempre, puesto que todo viene de la mano de Dios.

¿Cómo puede suceder todo esto? A través de Aquel que está sentado en el trono, el que hará todas las cosas nuevas de un modo maravilloso. ¿Quién pondrá fin a la guerra? ¿Quién vencerá a Satanás? ¿Quién traerá justicia a las naciones? ¿Quién reparará los daños y las ruinas de todos nuestros pecados? Él lo hará, nuestro Rey. Aquel que ahora reina desde su trono de gracia. ¡A él sea la gloria para siempre!

Esta es la doctrina del evangelio.

DE LA DOCTRINA A LA CULTURA

¿De qué manera esta doctrina del evangelio conduce a una cultura del evangelio? Creando iglesias de radiante, resistente y fuerte esperanza. Creando iglesias que afrontan la vida tal y como es, y no son derrotadas.

No hay nada insignificante y pequeño en una iglesia cuando cree en este grandioso y noble evangelio. Y no hay nada que este mundo pueda ofrecer a nuestras iglesias, que nuestro Salvador no pueda utilizar para acercarnos más a nuestra eterna morada. Pablo, que conoció las adversidades de este mundo como el que más, observó: «Por tanto, no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día. Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria» (2 Co. 4:16-17).

Contra todo aquello que parezca privarnos de Dios, esta seguridad construye en nosotros una *feliz resistencia*. Lo hace así de dos formas.

Primero, la esperanza del evangelio nos hace felizmente resistentes frente a cada decepción que afrontamos en este mundo roto. Agustín nos enseña:

Estás sorprendido de que el mundo esté perdiendo su control, ¿de qué el mundo se hace viejo? Piensa en un hombre:

EL EVANGELIO

nace, crece, envejece. La vejez acarrea muchas molestias: tos, temblores, pérdida de la visión, ansiedad, un terrible cansancio. Un hombre se hace viejo; está lleno de enfermedades. El mundo está viejo; está lleno de tribulaciones que oprimen... No te aferres al viejo hombre, al mundo; no rechaces recuperar tu juventud en Cristo, quien te dice, «el mundo pasará, el mundo está perdiendo su control, el mundo se está quedando sin aliento. No temas, tu juventud será renovada como un águila».¹⁰

Segundo, la esperanza del evangelio y el triunfo de nuestro Salvador nos hacen felizmente resistentes incluso ante nuestros propios pecados y fracasos. Martín Lutero nos enseña:

Cuando el diablo nos echa en cara nuestros pecados y declara que merecemos la muerte y el infierno, deberíamos hablar así: «Admito que merezco la muerte y el infierno. ¿Y qué? ¿Significa esto que estoy sentenciado a eterna condenación? De ninguna manera, porque conozco a Uno que sufrió y satisfizo la deuda en mi lugar. Su nombre es Jesucristo, el Hijo de Dios. Donde él esté, allí yo también estaré».¹¹

ALGO NUEVO

Esto te escribo, aunque tengo la esperanza de ir pronto a verte, para que si tardo, sepas cómo debes conducirte en la casa de Dios, que es la iglesia del Dios viviente, columna y baluarte de la verdad.

1 Timoteo 3:14-15

Hemos considerado el mensaje del evangelio en tres niveles: las buenas nuevas para nosotros, para la iglesia y para la creación. Ahora vayamos más allá y veamos las implicaciones para nuestras iglesias. Específicamente, ¿qué crea el evangelio en este mundo actual que no estuviera aquí antes?

El evangelio no flota en el aire como una abstracción. Por el poder de Dios, el evangelio crea algo nuevo en el mundo de hoy. No solo crea una nueva comunidad, sino un nuevo *tipo* de comunidad. Las iglesias centradas en el evangelio son la prueba viviente de que la buena noticia es verdad, que Jesús no es una teoría sino

EL EVANGELIO

que es real, a medida que nos devuelve nuestra humanidad. En su doctrina y cultura, palabras y obras, estas iglesias hacen visible la humanidad restaurada que solamente Cristo puede dar.

En su poderoso ensayo, *2 Contenidos, 2 Realidades*, Francis Schaeffer propone cuatro cosas que deberían caracterizar a una iglesia creada por el evangelio: la sana doctrina, respuestas honestas a preguntas honestas, una verdadera espiritualidad y la belleza de las relaciones humanas. La última de estas cuatro, la belleza de las relaciones humanas, es lo primero que observan los visitantes cuando entran en una iglesia. La verdadera belleza hace que la gente se detenga y observe detenidamente. Pero «si no mostramos belleza en la manera en que nos tratamos los unos a los otros, entonces, a los ojos del mundo y a los ojos de nuestros propios hijos, estamos destruyendo la verdad que proclamamos». ¹

Una objeción común al evangelio es la siguiente: «Mirad vuestras iglesias». No hace falta decir nada más. Alguien que dude puede encontrar una razón para ignorar la verdad del evangelio, solo mirando el tipo de relaciones que hay en nuestras iglesias. Y, ¿por qué no? Es en nuestras iglesias donde el evangelio es examinado por la vida real. Si las personas quieren conocer lo que crea el evangelio, ¿están siendo injustas al observar una iglesia? No lo creo.

Considera un paralelismo. Si yo quiero examinar el marxismo, puedo leer dos mil páginas tediosas de *Das Kapital* de Karl Marx, o puedo observar los países donde se ha puesto en práctica

el marxismo. La Unión Soviética, por ejemplo, colapsó en 1991 bajo el peso de su propia y trágica estupidez. ¿Dónde estuvo el error? ¿Fallaron los soviéticos al vivir su marxismo? No, fue su fidelidad al marxismo lo que los arruinó. El marxismo no puede funcionar porque no está basado en la verdad acerca de Dios y el hombre. Se basa en una fantasía de la autoidealización humana.

De manera similar, puedes considerar el cristianismo, ya sea consiguiendo un doctorado en estudios bíblicos, o simplemente levantándote un poco más temprano el próximo domingo y visitando una iglesia. El evangelio debería verse más claramente en nuestras iglesias. Por tanto, cómo nos conducimos en la casa de Dios es importante para todos los que nos rodean.

Este es el punto que Pablo resalta en 1 Timoteo 3:14-16. Pablo quería visitar a Timoteo, pero sus planes de viaje eran inciertos, así que envió sus pensamientos por adelantado. Él dice grandes cosas en la carta: qué es el evangelio, qué es un líder, para qué es el dinero, y otras cosas más. Pero justo a la mitad de la carta, Pablo señala que él escribió la carta para que «sepas [Timoteo] cómo debes conducirte en la casa de Dios, que es la iglesia del Dios viviente, columna y baluarte de la verdad» (1 Ti. 3:15).

CONTRARRESTANDO UNA CULTURA CON OTRA

Aquí está la visión contenida en estos versículos. La única respuesta a una cultura es otra cultura; no solo un concepto, sino una

EL EVANGELIO

contracultura. Una iglesia debería ofrecer al mundo tal contracultura, una personificación viviente del evangelio.

La cultura en la que vivimos es «columna y baluarte» de muchos falsos evangelios. Por ejemplo, una de las mentiras destructivas que pregona la actual cultura occidental es la que algunos han llamado Deísmo Terapéutico Moralista.² Este es su mensaje:

1. Existe un Dios que vigila la vida humana en la tierra.
2. Dios desea que las personas sean buenas, agradables y justas las unas con las otras.
3. El objetivo central en la vida es ser feliz y sentirse bien con uno mismo.
4. Dios no debe estar particularmente involucrado en nuestras vidas, excepto cuando es necesario para resolver un problema.
5. La gente buena va al cielo cuando muere.

¿Qué clase de cultura crea el Deísmo Terapéutico Moralista? Una en la que todos hacemos «cualquier cosa que te haga sentir bien contigo mismo».³ Esto apenas requiere nuestro arrepentimiento o muestra el poder de Dios. Además, no ofrece ninguna esperanza. Solo se avecina el juicio. Sin embargo, esta falsa religión está ampliamente difundida hoy en día. Por tanto, Dios insta a nuestras iglesias a permanecer firmes como una clara alternativa a este anodino, pero popular fraude.

Algo nuevo

No hay nada parecido a la iglesia en el mundo actual; una nueva clase de comunidad creada por Dios que hace que el evangelio sea visible y convincente en un mundo que cree cualquier cosa *menos* este evangelio.

Jesús dijo: «Fuego vine a echar en la tierra» (Lc. 12:49). Elton Trueblood, en su libro maravillosamente titulado *La iglesia: Un compañerismo incendiario*, explica cómo funcionó esto en la iglesia primitiva:

Fue el carácter incendiario de la comunión cristiana primitiva, lo que parecía increíble a los romanos contemporáneos, y fue increíble, precisamente porque no había nada en su experiencia que fuese remotamente similar a ello. Ellos tenían religión en grandes cantidades, pero no era nada similar a esto... Gran parte de la singularidad del cristianismo, en su surgimiento original, consistía en el hecho de que la gente sencilla podía ser increíblemente poderosa cuando eran miembros los unos de los otros. Como todo el mundo sabe, es casi imposible crear un fuego con un solo tronco, incluso si es uno adecuado, mientras que varios troncos pobres pueden hacer un fuego excelente si se quedan juntos cuando se queman. El milagro de la iglesia primitiva fue que palos pobres hicieron una gran conflagración.⁴

Cuando se trata del testimonio de la iglesia, la apologética puede contribuir al avance del evangelio. Dios en su gracia quiere

EL EVANGELIO

satisfacer las preguntas de nuestras mentes. Así que mejoremos todos en nuestra explicación de lo razonable del evangelio a nuestros amigos dubitativos. *Pero la hermosura de las relaciones humanas en la iglesia es en sí misma un argumento para el evangelio*, al igual que un tierno romance que dura toda una vida es un argumento a favor del matrimonio, cuando se duda de este. Cuando se pone en duda el evangelio, una iglesia hermosa en la que los miembros permanecen juntos es un argumento incontestable en nuestro mundo airado y dividido. Los visitantes responderán como respondió un joven arquitecto en Suiza a L'Abri Fellowship: «Quiero decirte», dijo a Francis Schaeffer, «que cada vez que estoy aquí, me siento como un ser humano». ⁵ Así profesaba a Cristo.

Las iglesias no hacen que el evangelio sea verdad. Este es verdadero, aun cuando la casa de Dios se comporta mal. Sin embargo, la gente puede *ver* que es verdadero, y los que dudan se convierten cuando «la luz de Jehová» está sobre nosotros (Sal. 90:17).

Así, dándonos cuenta de lo estratégicas que son nuestras iglesias «en la defensa y confirmación del evangelio» (Fil. 1:7), pensemos acerca de 1 Timoteo 3:14-16.

LA CASA DE DIOS

La preocupación de Pablo en esta carta, como hemos visto, es «cómo debes conducirte en la casa de Dios» (1 Ti. 3:15).

Algo nuevo

La palabra *casa* significa una familia. Eso es lo que una iglesia es, porque Dios es nuestro Padre (Ef. 2:18-19). Él nos ha adoptado como sus hijos por medio de Cristo (Ro. 8:15). La justificación nos despoja legalmente de culpa ante nuestro Juez, pero la adopción nos incluye emocionalmente en el corazón de nuestro Padre. Puedes pensar en la diferencia que hay entre cuidar a los hijos de otra persona y a los tuyos propios. Te preocupas sinceramente por los otros niños, pero te preocupas de manera diferente por los tuyos. Para ser gráficos, cuando tu hijo vomita sobre ti, de alguna manera no es tan repugnante como si fuera el vómito de otro niño, ¿verdad? Así es como Dios nos ama, como a sus propios hijos, con todos nuestros desastres.

Pero, ¿cómo deberíamos comportarnos en la casa de Dios, nuestro Padre?

Quizá cuando estabas creciendo, el caos reinó en tu familia. Tal vez los niños, e incluso los padres, eran malhablados y se comportaban cruelmente. Algunas familias son así. Algunas iglesias también son así.

Pero, la casa de Dios nunca debe ser así. Tal comportamiento niega a nuestro Padre. Él quiere que nos comportemos de formas que revelen su corazón y quién es él. Esto significa que no debemos trasladar a nuestra familia de la iglesia los modelos fallidos de nuestras familias terrenales del pasado. Principalmente aprendemos cómo comportarnos en la casa de Dios no mirando hacia

EL EVANGELIO

atrás, a nuestras familias, sino mirando a nuestro Padre: «Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados» (Ef. 5:1). Esto es un nuevo tipo de comunidad que este mundo no puede crear.

Vemos al Padre más claramente en el Hijo. La semejanza es tal que Jesús dijo: «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Jn. 14:9). Entonces, ¿cómo puede un mundo roto ver la hermosura inexpresable del Padre y el Hijo en nuestras iglesias? Pocos pasajes bíblicos lo expresan mejor que las bienaventuranzas de Jesús:

Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación.

Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios.

Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

Algo nuevo

Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. (Mt. 5:3-10)

El objetivo de las bienaventuranzas es decirnos cómo debemos comportarnos en la casa de Dios. Establecen el carácter del nuevo reino de Jesús. Es sorprendente que Jesús empezara su primer gran sermón enfatizando una cultura del evangelio.

Puede ser más fácil ver el gran cambio que supone entrar en el reino de Cristo, si vemos el lado opuesto de cada una de las bienaventuranzas:

Bienaventurados los que tienen derechos, porque se salen con la suya.

Bienaventurados los despreocupados, porque están cómodos.

Bienaventurados los prepotentes, porque ganan.

Bienaventurados los que tienen su propia justicia, porque no necesitan nada.

Bienaventurados los vengativos, porque serán temidos.

Bienaventurados los que no son descubiertos, porque tienen buen aspecto.

Bienaventurados los discutidores, porque tienen la última palabra.

Bienaventurados los ganadores, porque hacen lo que quieren.

EL EVANGELIO

¿No describen estas «bienaventuranzas» a este mundo? No obstante, ¿cuál de estas dos culturas, el reino de Cristo o el reino de este mundo, describe con mayor exactitud a tu iglesia?

La casa de Dios debe ofrecer una alternativa clara y hermosa a la locura de este mundo. En nuestras iglesias, Dios nos llama a alcanzar algo mejor que lo que muchos de nosotros hemos experimentado.

La familia de Dios es donde las personas se comportan de una nueva manera. Pienso en ello con una simple ecuación: evangelio + seguridad + tiempo. La familia de Dios es donde la gente debería encontrar mucho evangelio, mucha seguridad, y mucho tiempo. En otras palabras, las personas de nuestras iglesias necesitan:

- Múltiples exposiciones a la feliz noticia del evangelio de un extremo de la Biblia al otro;
- La seguridad de una simpatía no acusadora, para que puedan admitir sus problemas honestamente; y
- Tiempo suficiente para replantearse sus vidas a un nivel profundo, pues las personas son complejas y cambiar no es fácil.

En una iglesia amable como esta, nadie es colocado bajo presión o señalado para pasar vergüenza. Cada uno es libre de abrirse, y todos crecemos juntos conforme miramos a Jesús. Comportarse bien en la casa de Dios establece un estándar definido por evan-

Algo nuevo

gelio + seguridad + tiempo para todos. Esto es lo que diferencia a una iglesia como un nuevo tipo de comunidad.

Juan Calvino describe la imagen de cómo el perdón de Dios debe lavarnos continuamente en nuestras iglesias para preservarnos y protegernos:

El Señor a través del perdón de los pecados no solo nos recibe y adopta una sola vez para siempre en la iglesia, sino que a través de los mismos medios nos preserva y protege en ella. Porque ¿qué sentido tendría proporcionar un perdón destinado a no ser de ninguna utilidad?... Por tanto, cargando, como lo hacemos, las huellas del pecado durante toda la vida, a menos que seamos sostenidos por la constante gracia del Señor al perdonar nuestros pecados, apenas podríamos mantenernos ni un momento en la iglesia. Pero el Señor ha llamado a sus hijos a la salvación eterna. Por tanto, deberían pensar que siempre hay perdón disponible para sus pecados. En consecuencia, debemos creer firmemente que por la generosidad de Dios, mediada por los méritos de Cristo, a través de la santificación del Espíritu, los pecados han sido, y son, perdonados diariamente, a los que hemos sido recibidos e implantados en el cuerpo de la iglesia.⁶

¿Es así como los pecadores experimentan tu iglesia, como un lugar seguro donde el Señor «nos preserva y nos protege»? ¿O la experimentan como un lugar de vergüenza y ansiedad?

EL EVANGELIO

La disciplina en la iglesia es bíblica, por supuesto. Debería tener lugar cuando el mal comportamiento de alguien en la casa de Dios profana el nombre del Padre, y pone en peligro la seguridad de los otros miembros de la familia. El pecado que «rompe el acuerdo», que requiere disciplina eclesial formal, es el que subvierte la propia cultura del evangelio; como el chisme, por ejemplo.⁷ Como dijo recientemente un pastor amigo mío: «Cuando un pecador se arrepiente, los ancianos deberían proteger a ese pecador de la iglesia. Cuando un pecador es desafiante, los ancianos deberían proteger a la iglesia de ese pecador».

El objetivo no es hacer que la iglesia sea un lugar seguro para el pecado; sino que sea un lugar seguro para la confesión y el arrepentimiento. Cuando el evangelio de la gracia de Cristo define tanto la doctrina como la cultura de una iglesia, sus miembros pueden confesar de manera segura el pecado y abandonarlo. Incluso los pecadores «extremos» son maravillosamente perdonados y liberados.

LA IGLESIA DEL DIOS VIVIENTE

Los santos reunidos no solo forman la casa de Dios, dice Pablo, sino que son «la iglesia del Dios viviente» (1 Ti. 3:15).

La palabra *iglesia* significa una asamblea de personas.⁸ No son solo un grupo o una categoría demográfica. Son una *reunión* verdadera de personas.

¿Cómo podría ser de otra manera? Los que creemos en Jesús hemos sido llamados a partir de lo que éramos antes. Ahora crecemos cuando nos reunimos en su nombre. Jesús dijo: «Venid, que ya todo está preparado» (Lc. 14:17). El Espíritu Santo descendió en Pentecostés cuando «estaban todos reunidos en un mismo lugar» (Hch. 2:1). Su gran poder aumentó a la iglesia, tanto en número como en la profundidad de la comunidad (Hch. 2:41-47). En Hechos, a la iglesia de Jerusalén le encantaba reunirse.

El pueblo de Dios reunido es una fuerza poderosa para un cambio impulsado por el evangelio. Como decían algunos en los radicales días de la década de 1960, «La revolución es vernos mucho unos a otros».⁹

Como la iglesia «del Dios viviente», hemos sido convertidos milagrosamente. Antes, Dios era un accesorio en el escenario de nuestros dramas egocéntricos. Podíamos querer algo de él, pero no demasiado. Queríamos ser perdonados e ir al cielo, por supuesto. Y lo queríamos a nuestro alrededor cuando la vida se tornaba lo suficientemente mala. De otro modo, preferíamos estar solos. Éramos, de hecho, alérgicos a Dios y vivíamos para nuestros falsos ideales.

Entonces todo cambió. El Espíritu Santo nos despertó para ver a Dios de una manera nueva, no como nuestro último recurso, sino como nuestro manantial. En lo más profundo de nuestro ser hay ahora un anhelo de Dios que —aunque seguimos siendo in-

EL EVANGELIO

consistentes— sigue llevándonos de nuevo a él como nuestro más sincero deseo. Y ese anhelo nunca morirá. Compartimos juntos ese latido en nuestras iglesias, y nuestro Señor se da a sí mismo más intensamente en nuestras reuniones, incluso en las más humildes: «Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt. 18:20). Eso hace que cada iglesia fiel sea un testigo del Dios vivo en un mundo de ídolos muertos.

COLUMNA Y BALUARTE DE LA VERDAD

Finalmente, Pablo dice en este pasaje que la iglesia es «columna y baluarte de la verdad» (1 Ti. 3:15). ¿Qué significa esto? Bueno, ¿qué hace una columna? Sostiene algo. ¿Y qué hace un baluarte? Fortalece algo. Una iglesia fiel, en otras palabras, sostiene el evangelio para que todos lo vean, manteniéndolo creíble y sólido.

Tu iglesia está llamada a ser una columna que levante en alto la verdad del evangelio. La única verdad que durará más que el universo, la única verdad que puede ayudar ahora mismo a los pecadores y sufrientes, merece ser claramente exhibida. No debemos permitir que nada en nuestras iglesias compita con la gran notoriedad del evangelio. Una iglesia no tiene derecho a funcionar como un tablón de anuncios comunitario de una tienda local de comestibles, cubierto con tarjetas de visita, anuncios de apartamentos en alquiler, avisos sobre mascotas perdidas, y otros asuntos que compiten por la atención de la gente. Una iglesia

existe para ser una columna que sostiene la verdad de Jesús tan obviamente que todo el mundo la puede ver.

Pero una iglesia también está llamada a ser un baluarte. ¿Por qué? Debido a que mucha gente no *siente* que el evangelio sea algo contundente. Otras cosas captan su atención: una nueva dieta, tener mejor aspecto, o llevar a sus hijos a los colegios adecuados. Estas distracciones se perciben como la clave para un futuro mejor, mientras que el evangelio se percibe como una diminuta opción de estilo de vida de fin de semana, para los que tienen inclinaciones religiosas. Muchas personas toman sus decisiones acerca del evangelio basándose en lo que *sienten*. Ahí es donde entra en escena el baluarte. Una iglesia puede ofrecer una prueba viva y palpable de que el evangelio marca una diferencia real, para personas reales, que viven en el mundo real. Por eso también nos reunimos, para encarnar juntos la verdad del evangelio, para que la gente se interese por él. Como pilares y baluartes de la verdad, nuestras iglesias son el Plan A de Dios para la redención del mundo, y él no tiene ningún Plan B.

Ninguna iglesia debería existir para exaltarse a sí misma, no más de lo que una columna o un baluarte deberían llamar la atención sobre sí mismos. Cada iglesia existe para la gloriosa verdad acerca de Jesucristo, quien —como Pablo sigue diciendo en el versículo 16— «fue manifestado en carne, justificado en el Espíritu, visto de los ángeles, predicado a los gentiles, creído en el mundo, recibido ar-

EL EVANGELIO

riba en gloria». Nuestras iglesias están aquí para él, y *solamente* para él. ¡Que todo lo que rivalice con él caiga a sus pies para siempre!

Toda iglesia fiel es querida por el corazón de Dios, precisamente porque muestra a Jesús en la plenitud de su gloria. Timothy Dwight (1752-1817), el presidente de Yale, sintió esto profundamente, por lo que escribió:

Amo tu reino, Señor,
la casa de tu morada,
la Iglesia que nuestro bendito Redentor salvó
con su propia sangre preciosa.

Por ella mis lágrimas caerán,
por ella mis oraciones ascienden,
a ella sean dados mis cuidados y esfuerzos,
hasta que los esfuerzos y los cuidados terminen.

Más allá de mi más sumo gozo
aprecio sus caminos celestiales,
su dulce comunión, sus votos solemnes,
sus himnos de amor y alabanza.¹⁰

No muchos escriben hoy letras tan fuertes como estas. Más bien, las personas emparchan sus propias versiones del cristian-

ismo, seleccionan versículos de la Biblia, y evitan el costo de un compromiso con la iglesia. El problema con esto no es solo una pobre visión de la iglesia, es un enfoque minimalista del cristianismo. Es un intento de pasar con lo mínimo posible y aun así «cumplir» como cristiano. Esto hace que el Señor de gloria parezca un perdedor por el que no vale la pena vivir. ¿Dónde vemos *esto* en el evangelio?

El poder del evangelio crea algo totalmente diferente en el mundo de hoy. Crea iglesias que, tomándolo prestado de John Piper, exaltan a Dios, admiran a Cristo, están llenas del Espíritu, disfrutan de la Biblia, predicán la gracia, desafían a las comodidades, abrazan la cruz, asumen riesgos, crucifican el egoísmo, silencian el chisme, están saturadas de oración, piensan en el futuro, se proyectan hacia afuera, y son bellas congregaciones humanas donde los indignos prosperan.¹¹ Solo Dios puede construir esta nueva clase de comunidad. Y cuando lo hace, no puede ser ignorada.

¿Ves la grandeza de tu iglesia, la cual es la casa de Dios, la iglesia del Dios viviente, columna y baluarte de la verdad del evangelio? Es un nuevo tipo de comunidad que muestra la gloria de Cristo. «De Sion, perfección de hermosura, Dios ha resplandecido» (Sal. 50:2).

NO ES FÁCIL, PERO ES POSIBLE

Pero cuando vi que no andaban rectamente conforme a la verdad del evangelio, dije a Pedro delante de todos: Si tú, siendo judío, vives como los gentiles y no como judío, ¿por qué obligas a los gentiles a judaizar?

Gálatas 2:14

Crear en el evangelio no es fácil. Dice que un Dios santo ama a pecadores como nosotros. Que él envió a su único Hijo para morir por nosotros. Que derrama su Espíritu Santo para darnos vida y cuidar de nosotros. Afirma que nada nos separará del amor de Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro. Dice incluso que este Salvador es la estrategia de Dios para transformar el universo. ¿No parecen improbables estas buenas noticias? O bien tenemos el orgullo de creer que somos demasiado buenos para ser juzgados, o que somos demasiado malos para ser salvos. Así que el evangelio es una sorpresa continua, y necesitamos escucharlo una y otra vez.

EL EVANGELIO

Una de las barreras más grandes para la obra del evangelio en nuestras iglesias es la incredulidad entre nosotros, los miembros de la iglesia. Nuestra incredulidad impide el avance del evangelio de maneras que no vemos, aun cuando tenemos la intención de que este avance. Superar nuestra incredulidad no es fácil, pero es posible. Esto es lo que consideraremos en este capítulo.

Martín Lutero lo expone claramente: «El evangelio nunca puede ser repetido lo suficiente o demasiado en nuestros oídos. Sí, aunque lo hayamos aprendido y lo entendamos bien, aun así no hay nadie que lo tenga asido perfectamente o que lo crea con todo su corazón, así de frágil es nuestra carne y desobediente al Espíritu».¹ Se requiere una nueva forma de pensar para creer que Dios está a nuestro favor, *solamente* por lo que Jesús consiguió. Significa reajustar continuamente nuestra perspectiva; para abrazar el hecho de que nuestras vidas dependen de algo que está fuera de nosotros.

Pero Dios lo estableció así desde hace mucho tiempo. En el jardín del Edén, incluso antes de que las complejidades del pecado entraran en el mundo, Dios preparó nuestra existencia para que pudiéramos prosperar solamente cuando la vida nos sea dada desde el exterior. Le dio a Adán y a Eva el árbol de la vida para renovarlos constantemente (Gn. 2:9, 16-17). De la misma forma, nuestro vigor nunca ha venido «de dentro» sino siempre «de afuera». Podemos recibir la vida solo con las manos vacías de la fe. Dios le dijo a Adán, en efecto:

No es fácil, pero es posible

Escucha, hijo mío, si me obedeces, prosperarás. Pero si me desobedeces, se creará en ti algo llamado «mal», lo cual te conducirá a algo llamado «muerte». Tú no sabes que son estas cosas, y no quisieras saberlo. Pero si confías en mí, te irá bien. Toda la riqueza y la plenitud de la vida serán tuyas.

Adán tuvo que aceptar la palabra de Dios y buscar en él la vida, momento a momento.

La tentación del Diablo fue (y es): «No te arriesgues a confiar en Dios. Confía en tus propios instintos. Vive según tu ser interior. Necesitas tomar el control, porque no puedes confiar en Dios». Adán cayó en esta tentación. Como resultado, nacemos desviados. Se siente como algo normal poner nuestras esperanzas en nosotros mismos. Creamos culturas enteras para reforzar nuestras teorías idealizadas acerca de nosotros.

El evangelio nos cambia profundamente hasta este nivel intuitivo. Cuando Dios nos justifica en Cristo, contrarresta directamente toda nuestra estrategia de vida centrada en nosotros. Nos imputa una justicia que depende de otra persona, volviendo a crear la relación del Edén, sacándonos de nosotros mismos para llevarnos a su plenitud (Jn. 1:16). Ahora vivimos en Cristo, el nuevo y mejor Adán. A veces, tenemos que admitirlo, nuestros corazones siguen sintiendo que estamos en una posición precaria ante Dios. Tememos que pueda abandonarnos, así que volvemos a querer llenar nuestro vacío con

EL EVANGELIO

nuestros propios recursos. Pero Dios en su gracia permite que nos agotemos, y estos esfuerzos terminan en nada. *No existe vida en nosotros, sino en Cristo solamente, y en Cristo plenamente. Vivimos en él.*²

Lo que es muy sorprendente acerca de este evangelio es la exterioridad, el hecho de que toda vida verdadera está fuera de nosotros. Pero es algo liberador. John Bunyan describe esta libertad en su propia historia:

Un día, mientras estaba paseando por el campo, con algunas manchas en mi conciencia, temiendo que las cosas no estaban bien, de pronto esta frase cayó sobre mi alma, *Tu justicia está en el cielo*. Y pensé al mismo tiempo que vi, con los ojos de mi alma, a Jesucristo a la diestra de Dios. Allí, dije, está mi justicia, de modo que, donde sea que estuviera o lo que sea que estuviera haciendo, Dios no podría decir de mí, *Le falta mi justicia*, pues ella estaba ante él. También vi que no era mi buen corazón el que hacía que mi justicia fuese mejor, ni mi mala naturaleza la que hacía que mi justicia fuese peor, pues mi justicia era Jesucristo mismo, el cual es el mismo ayer, hoy y siempre. Entonces mis cadenas se cayeron de mis piernas... Me fui a casa regocijándome por la gracia y el amor de Dios... Aquí viví durante algún tiempo, muy dulcemente, en paz con Dios por medio de Cristo. Ah, pensé, ¡Cristo!, ¡Cristo! No había nada más que Cristo ante mi ojos.³

Este es el propósito de la doctrina del evangelio: mostrar a personas débiles e indignas como nosotros una imagen de Cristo en su gracia y gloria. Le perdemos de vista rápidamente, ¿no es así? Todos necesitamos ser expuestos frecuentemente a sus buenas noticias que prevalecen.

LA DIFICULTAD DE CULTIVAR UNA CULTURA DEL EVANGELIO

Una cultura del evangelio es más difícil de afianzar que la doctrina del evangelio. Se requiere más sabiduría relacional y finura. Implica adentrarse en un tipo de comunidad diferente a todo lo que hemos experimentado, en la que vivimos felizmente juntos en un amor que no podemos crear. Una cultura del evangelio exige que no nos apoyemos en nuestra propia importancia o virtudes, sino que abandonemos la autoconfianza y nos regocijémosnos solamente en Cristo.

Este ajuste mental no es fácil, pero vivir en este tipo de comunidad es maravilloso. Nos encontramos a nosotros mismos diciendo junto a Pablo, «por amor del cual lo he perdido todo» —todos los trofeos de nuestra prepotencia, todas las heridas de nuestra autocompasión, todas las cosas que nos inventamos para llamar la atención— «y lo tengo por [estiércol⁴], para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo» (Fil. 3:8-9). Pablo

EL EVANGELIO

no consideró la pérdida de su inflado ego como un sacrificio. ¿Quién admira su propio excremento? ¡Es un alivio deshacerse de nuestros desagradables egos! Y cuando una iglesia entera se deleita solo en Cristo, esa iglesia encarna una cultura del evangelio. Se convierte en un sorprendente nuevo tipo de comunidad, donde los pecadores y los que sufren vuelven a la vida porque el Señor está allí, dándose a sí mismo gratuitamente a los desesperados que no lo merecen.

¡Qué fácil es para una iglesia existir para jactarse! ¡Qué difícil es abandonar nuestra propia gloria por una gloria mayor!

La barrera principal para mostrar la hermosura de Jesús en nuestras iglesias proviene de la manera en que nos reinsertamos en ese centro sagrado que solo le pertenece a él. Exaltarnos a nosotros mismos siempre disminuye la visibilidad de Cristo. Es por ello que cultivar una cultura del evangelio requiere que cada uno de nosotros se despoje de sí mismo de una forma profunda, en todo momento. Es costoso en lo personal, incluso doloroso. Lo que estoy proponiendo a lo largo de este libro no es algo superficial o trivial. Es mucho lo que está en contra, tanto dentro como fuera de nosotros. Pero el triunfo del evangelio en nuestras iglesias todavía es posible, cuando miramos a Cristo solamente. Él nos ayudará.

Necesitamos la sabiduría de Dios para construir una cultura del evangelio, pues toda cultura no consiste solamente en lo que

vemos, sino que también en aquello *con* lo que vemos; incluso nuestras suposiciones no examinadas. Por naturaleza, no nos percatamos de la cultura de nuestra iglesia, así como un pez no es consciente de que está en el agua, pero la cultura es una realidad poderosa. Esta moldea nuestra identidad, nuestros valores y nuestra percepción de las posibilidades. Sutilmente, define los términos para sentirnos bien con nosotros mismos; aquello a lo que pertenecemos y lo que importa.

EVALUANDO NUESTRAS CULTURAS DE IGLESIA

Por tanto, no deberíamos suponer que nuestra cultura de iglesia es fiel a Cristo en todo. Deberíamos suponer que no es así y de formas en las que todavía no nos hemos dado cuenta. Deberíamos prestar una atención especial a las cosas intangibles de nuestras iglesias: los sentimientos, el ethos, las relaciones, la calidad y las suposiciones no expresadas. Es posible que estas cosas no estén tan alineadas con el evangelio en la medida que desearíamos.

Para discernir más claramente la cultura de tu iglesia, hazte varias preguntas. ¿Cuál es la cosa más importante de tu iglesia, sobre la que nunca se ha tomado una decisión formal? ¿Hay algunos ideales bienintencionados pero inútiles? ¿Existe algún área en la vida de tu iglesia en el que la obediencia a Cristo se está evitando, y aun así se espera su bendición? ¿Hay algo que tenga demasiado control sobre tu iglesia? Es fácil que las iglesias conviertan cosas

EL EVANGELIO

en vacas sagradas, incluyendo los coros, los programas de jóvenes y las estrategias misioneras. Todas estas cosas pueden ser buenas, pero siempre deben estar sometidas a Cristo.

Respondiendo a estas preguntas, puede que encuentres dos cosas: en primer lugar, un ídolo, en el que tu iglesia se afirma demasiado a sí misma, obstaculizando por tanto vuestra libertad en Cristo y, segundo, el lugar donde tu iglesia puede aprender más de la suficiencia de Jesús.

La vida está en Cristo, y solo en él. Toda iglesia puede tener más de su poder introduciendo el evangelio más plenamente en su cultura. No es un desastre para una iglesia que de repente se encuentre a sí misma dependiendo radicalmente de Jesús. Depender de él es una señal de salud. Charles Haddon Spurgeon dice sabiamente:

Me parece que el sistema de gobierno eclesial más acorde con las Escrituras es el que requiere mayor oración, mayor fe y mayor piedad para seguir adelante. La iglesia de Dios nunca fue diseñada para ser un automatismo. Si lo fuera, las ruedas actuarían por sí solas. La iglesia fue ideada para ser un organismo *vivo*, una persona viva, y así como una persona no puede subsistir si la vida está ausente, o si se le priva de comida, o si se le suspende la respiración, así también debería ser con la iglesia.⁵

Habrán momentos en la vida de una iglesia en los que sintamos que todo se está derrumbando. Pero esos momentos pueden abrir el corazón de una iglesia para depender del Cristo vivo como nunca antes. Nos enseñan que la mejor manera de «hacer iglesia» es, como dijo Spurgeon, poner siempre nuestra infinita necesidad ante su infinita provisión. A. W. Tozer muestra claramente las alternativas:

La pseudo-fe siempre busca una salida en el caso de que Dios falle. La verdadera fe solo conoce un camino y gustosamente permite que se la despoje de cualquier senda alternativa o sustitutos improvisados. Para la fe verdadera, es Dios o el colapso total. Y desde que Adán puso sus pies sobre la tierra por primera vez, Dios no le ha fallado a un solo hombre o mujer [o iglesia] que haya confiado en él.⁶

Es difícil para nosotros confiar en el Señor tan osadamente. La falsa seguridad en uno mismo es un problema duradero para nosotros los cristianos.

EL PODER DEL MIEDO EN LA CULTURA DE UNA IGLESIA

El deseo de falsa seguridad fue un problema incluso entre los apóstoles. Esta es una de las lecciones que aprendemos de la fa-

EL EVANGELIO

mosa confrontación entre Pablo y Pedro, la cual Pablo relata en su carta a los Gálatas:

Pero cuando Pedro vino a Antioquía, le resistí cara a cara, porque era de condenar. Pues antes que viniesen algunos de parte de Jacobo, comía con los gentiles; pero después que vinieron, se retraía y se apartaba, porque tenía miedo de los de la circuncisión. Y en su simulación participaban también los otros judíos, de tal manera que aun Bernabé fue también arrastrado por la hipocresía de ellos. (2:11-13)

John Stott lo llama «uno de los episodios más tensos y dramáticos del Nuevo Testamento».⁷ No fue un caso de rivalidad personal. Fue un choque entre el evangelio y la tradición. Pablo pudo ver que lo que estaba en juego era nada más y nada menos que el evangelio. Se negó a permanecer en silencio, mientras que otros líderes destruían una cultura del evangelio en aras de una tradición obsoleta que no perturbaba el ego.

No había nada intrínsecamente malo en las costumbres judías de Pedro. Pero sí que había algo muy equivocado en el requisito de adherirse a ellas, después de que Cristo les hubiera dado cumplimiento. Y esto fue lo que hizo Pedro al distanciarse de los creyentes gentiles impuros. En efecto, Pedro estaba diciendo que los gentiles tenían que creer en el evangelio y además adaptarse a

la cultura judía, de modo que fueran lo suficientemente buenos para Cristo (¡y para él!). No estaban al mismo nivel, porque no eran como él. Al hacer esto, Pedro estaba oscureciendo la suficiencia de Jesús, exaltando algo de sí mismo en vez de al Señor. ¡Qué insulto a la obra consumada por Cristo en la cruz! ¡Cuán humillante fue esto para aquellos gentiles comprados a precio de sangre! ¡Qué arrogante exageración de la tradición de Pedro! ¡Qué violación de la justificación solo por la fe! ¡Y qué patética cultura de iglesia!

Las leyes de pureza/impureza habían sido observadas durante mucho tiempo por los judíos, arraigadas estas en el Antiguo Testamento. La Mishná —las aplicaciones que hace el judaísmo del Antiguo Testamento— llega a decir que «las moradas de los gentiles son impuras».⁸ Pedro, durante toda su vida, había sido muy cuidadoso para no contagiarse con los gentiles. Pero Dios le mostró que Jesús cumplió las antiguas normas. Dios le enseñó tres veces a Pedro, «lo que Dios limpió, no lo llares tú común» (Hch. 10:15-16). Este punto no podía pasarse por alto.

Lo que motivó a Pedro allí en Antioquía no fue la ignorancia sino el temor a la desaprobación de los hombres: «Se retraía y se apartaba, porque *tenía miedo de los de la circuncisión*». Al igual que todos nosotros, Pedro tenía un historial de temor. Cuando negó a Jesús, en la noche del arresto de su Señor, temía el daño físico. En Antioquía, efectivamente negó a Jesús, pues

EL EVANGELIO

temía el daño social. Impulsado por este miedo primitivo, falsificó el evangelio.

En otras palabras, no era un problema a nivel doctrinal, sino cultural. Empezó con el miedo personal, no leyendo un libro de mala teología. Por ello Pablo lo llama dos veces hipocresía: «Y en su *simulación* participaban también los otros judíos, de tal manera que aun Bernabé fue también arrastrado por la *hipocresía* de ellos». El ejemplo de Pedro estaba presionando a los creyentes gentiles para que adoptaran externamente las costumbres judías, a fin de ser plenamente aceptados como miembros de la iglesia.

El miedo a la desaprobación del hombre alimenta la postura políticamente correcta. Nos hace desear ser percibidos de una determinada manera, y ser identificados con ciertas personas. Destruye la honestidad, la espontaneidad y el gozo. Levanta muros que Jesús derribó al morir. Y como veremos a continuación, corrompe la buena doctrina. ¿Qué es este miedo sino egos vacíos e incompletos, impulsados por algo distinto a Jesús?

Tristemente, el miedo puede ser una fuerza poderosa entre los cristianos. El miedo de Pedro fue tan influyente que aun Bernabé, el «hijo de consolación» (Hch. 4:36), fue arrastrado. Solo Pablo tuvo la claridad y el valor de exigir a los apóstoles que volvieran a aplicar a su cultura la doctrina original, de modo que el mensaje del evangelio avanzara sin obstáculos.

DOCTRINA CORRECTA + CULTURA ERRÓNEA = NEGACIÓN DOCTRINAL

Como respuesta a la hipocresía de Pedro, Pablo adoptó una postura firme para que «la verdad del evangelio permaneciese con vosotros» (Gá. 2:5). Él no estaba interesado en una mera recitación del evangelio, sino en una clara comprensión del mismo. ¿Por qué? Pablo sabía que es posible que tiremos por la borda lo que decimos en nuestra doctrina oficial de la iglesia, mediante nuestra cultura práctica de iglesia. Es posible mantenernos en el evangelio en la teoría, aun cuando lo hemos perdido en la realidad. Expresemos esto de forma simple y con valentía:

Doctrina del evangelio correcta + cultura antievangelio
= Una negación del evangelio

Tal vez no nos demos cuenta de que esto ocurre en nuestra iglesia si solo nos fijamos en nuestra declaración de fe y nos decimos a nosotros mismos: «Creemos en las cosas correctas». Así le ocurrió a Pedro. Pablo relata lo que le dijo a Pedro: «Nosotros también hemos creído en Jesucristo, para ser justificados por la fe de Cristo» (v. 16). Parece que este «nosotros» incluye a Pedro. Pedro nunca negó la verdadera doctrina del evangelio, pero contradujo la verdadera cultura de aceptación del evangelio con su *comportamiento*, como Pablo muestra en los versículos 15 a 21.

EL EVANGELIO

Pedro estaba reedificando efectivamente la cultura de autosalvación que él mismo había demolido por su fe en Cristo: «Porque si las cosas que destruí, las mismas vuelvo a edificar, transgresor me hago» (v. 18).

Pero Pablo se negó a «desechar la gracia de Dios» (v. 21), una declaración que revela lo que realmente está en juego. Podemos amar sinceramente la doctrina de la gracia de Dios y, al mismo tiempo, sin querer, anular esa gracia. Preservar la verdad requiere una cultura en la que los pecadores puedan ver la belleza de lo que creemos en un nuevo tipo de comunidad.

Construir tal cultura no es fácil, pero es posible. El paso difícil para una iglesia es confrontarse a sí misma, tal y como Pablo confrontó a Pedro:

Pero cuando vi que no andaban rectamente conforme a la verdad del evangelio, dije a Pedro delante de todos: Si tú, siendo judío, vives como los gentiles y no como judío, ¿por qué obligas a los gentiles a judaizar? (v. 14)

No es suficiente que nos preguntemos, ¿enseña nuestra iglesia la doctrina del evangelio? También debemos preguntarnos, ¿está nuestra cultura de iglesia claramente alineada con esta doctrina del evangelio? Para Pablo, la fidelidad al evangelio incluye *aplicar* el evangelio a nuestra conducta: «Pero

No es fácil, pero es posible

cuando vi que *no andaban rectamente conforme* a la verdad del evangelio...» (v. 14a). El evangelio nos da más que un lugar en el que posicionarnos; también nos guía en el camino a seguir. Hay una manera de vivir «conforme» al evangelio. Es un viaje que nos lleva cada vez más a la interminable suficiencia del Señor Jesucristo. Cuando nuestras iglesias están abiertas a todo aquello que Cristo es para nosotros, el mensaje del evangelio se hace inconfundible y el camino a Cristo está, sin lugar a dudas, abierto a todos por igual.

Gálatas 2:11-14 lo deja claro. Todos los que confían en Jesús para su justificación están limpios ante Dios, cualquiera que sea su trasfondo. Si Dios nos declara *kosher* solo a través de Cristo, nadie puede lícitamente exigirnos más. Esta es la doctrina del evangelio. Esta doctrina crea entonces una cultura de aceptación basada en la gracia, para todo tipo de creyentes. Jesús dijo, «Mi yugo es fácil» (Mt. 11:30). Nos lo hizo fácil. Él nunca fuerza a las personas a escenificar lo que Dios no ha requerido. Pero gente apasionada y comprometida con la doctrina del evangelio puede crear una cultura de iglesia dura, como Pedro hizo.

La cultura del evangelio es tan sagrada como la doctrina del evangelio, y debe ser nutrida y preservada cuidadosamente en nuestras iglesias. Pablo luchó por ello, ya que la doctrina de la salvación por gracia no se puede preservar con integridad si está

EL EVANGELIO

rodeada de una cultura de autosalvación. Jesús es el suficiente Salvador que cualquier persona podrá necesitar jamás. Él es nuestro Árbol de la Vida. Él es suficiente para mantenernos vivos por siempre, y está disponible de forma gratuita para todos bajo los mismos parámetros.

LA MARAVILLOSA LIBERACIÓN DE UNA CULTURA DEL EVANGELIO

¡Qué maravilloso es ir cada domingo a una iglesia libertadora! A lo largo de toda la semana nadamos en un océano de juicio y escrutinio negativo. Constantemente tenemos que cumplir con las exigencias de un mundo peliagudo, para el que nunca damos la talla. El psiquiatra suizo Paul Tournier caracteriza las interacciones humanas «normales» como un ciclo de crítica, culpa y autojustificación:

En la vida cotidiana somos empapados continuamente en esta atmósfera enferma de crítica mutua, de tal manera que no siempre somos conscientes de ello y nos encontramos, inconscientemente, en un implacable círculo vicioso: cada reproche evoca un sentimiento de culpabilidad, tanto en el crítico como en el que es criticado, y cada uno recibe alivio de su culpa de cualquier forma posible, ya sea criticando a otras personas o en la autojustificación.⁹

Entonces, el domingo, nos adentramos en un nuevo tipo de comunidad donde descubrimos un ambiente de gracia solo en Cristo. Es tan refrescante. ¡Pecadores como nosotros podemos respirar de nuevo! Es como si Dios simplemente cambiara nuestro tema de conversación de lo que está mal en nosotros, lo cual es mucho, a lo que está bien en Cristo, lo cual es infinito. Él sustituye nuestro negativismo, nuestro señalar con el dedo y nuestro odio con las buenas nuevas de su gracia para los que no lo merecen. ¿Quién no podría recobrar la vida en una comunidad que constantemente inhala esa atmósfera celestial?

Aquí es donde cada uno de nosotros puede felizmente adoptar una postura: «Y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gá. 2:20). Nuestro enfoque en nosotros mismos fue crucificado con Cristo. La necesidad de ocultar el fracaso y exhibir una falsa superioridad ya no existe. Cristo es suficiente para completarnos, sin añadir nada de nuestra parte.

A medida que nosotros, humildemente, vivamos conforme a la verdad de este evangelio, las personas hallarán un nuevo tipo de comunidad en nuestras iglesias, donde los pecadores y los que sufren pueden progresar. Si la confrontación se hace necesaria alguna vez, será solo para que la verdad del evangelio permanezca con vosotros (v. 5).

MIRÁNDOLO SOLO A ÉL

Una cultura del evangelio no es fácil. Pero es posible. No hay nada mecánico o basado en fórmulas en cuanto a vivir por fe en Cristo. Significa mirar fuera de nosotros mismos para mirarle a él. Esto implica una profunda autorendición a cada momento. Supone frecuentes correcciones a la mitad del curso para que nuestros corazones y nuestras iglesias vuelvan a estar alineados con el Hijo de Dios, quien nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros.

Al mirarle, él nos ayudará. Martín Lutero nos enseña dónde se encontrará nuestra nueva vida:

Piensa cuidadosamente en quién es este Hijo de Dios, cuán glorioso es, qué poderoso es. ¿Qué son el cielo y la tierra en comparación a él?... La ley no me amó ni se entregó a sí misma por mí. De hecho, me acusa, me aterra, y me conduce a la desesperación. Pero ahora tengo a alguien que me ha liberado de los terrores de la ley, del pecado y de la muerte, y me ha traído a la libertad, a la justicia de Dios, y a la vida eterna. Él es el Hijo de Dios, a quien sea la alabanza y la gloria para siempre... Lee estas palabras, «me amó y se entregó a sí mismo por mí», con un gran énfasis. Con una fe firme, graba este «mí» en tu corazón y aplícalo a ti mismo, sin dudar que estás entre aquellos a los que este «mí» pertenece.¹⁰

LO QUE PODEMOS ESPERAR

Porque para Dios somos grato olor de Cristo en los que se salvan, y en los que se pierden; a éstos ciertamente olor de muerte para muerte, y a aquéllos olor de vida para vida. Y para estas cosas, ¿quién es suficiente?

2 Corintios 2:15-16

A medida que nuestras iglesias avanzan en la doctrina y en la cultura del evangelio, ¿Qué podemos esperar ver? El Señor tiene distintos planes para diferentes iglesias. Pero la Biblia nos anima a procurar más conversiones (Hch. 6:7), más gozo (Hch. 8:8), más impacto (Hch. 19:20), y unos resultados más gloriosos. También podemos esperar más problemas.

Dios propaga la fragancia del conocimiento de Cristo cuando predicamos el evangelio de la misericordia divina y vestimos ese mensaje con la belleza de una vida colectiva en la que se comparte la misericordia (2 Co. 2:14). Podríamos esperar, por

EL EVANGELIO

tanto, que el mundo nos extendiera la alfombra roja. Pero la Biblia nos dice que esperemos dos reacciones opuestas simultáneamente. Algunas personas experimentarán nuestras iglesias como un «olor de vida para vida», pero otros como «un olor de muerte para muerte». Cuanto más atractivas sean nuestras iglesias por el evangelio, más intensas serán estas dos reacciones. Podemos esperar más apertura y más controversia. Seguir avanzando junto al Señor significa que el futuro será más emocionante y estresante que el presente.

Eso es lo que descubrió Pablo mientras viajaba por el mediterráneo, difundiendo el evangelio y plantando iglesias. Un hombre con un mensaje producía dos resultados opuestos. ¿Por qué? Porque no se trataba de Pablo, sino de Cristo en Pablo. Nuestro Señor estaba destinado a desencadenar reacciones intensas; a favor y en contra (Lc. 2:34). Siempre lo hizo y siempre lo hará, hasta que regrese.

Cuando vemos que nuestros ministerios agradan tanto como provocan, no debería sorprendernos. Nada está yendo mal. Al contrario, algo está yendo bien. Dios está extendiendo la fragancia de Cristo a través de nosotros.

Pablo escribió 2 Corintios 2:15-16 para explicar esto y para animarnos a mantener el rumbo de forma constante, rindiéndonos a la sorprendente estrategia del juicio y de la salvación de Dios. Este es el tema de este capítulo.

SOMOS EL AROMA DE CRISTO

Pablo escribe: «Porque para Dios somos grato olor de Cristo en los que se salvan, y en los que se pierden» (2 Co. 2:15). Las palabras enfáticas son *de Cristo*. Es el fuerte aroma *de Cristo* lo que la gente detecta cuando nuestras iglesias están llenas del evangelio. ¡Es increíble que experimenten a Cristo mismo a través de nosotros! Somos tan diferentes a él en tantos aspectos. Y aun así, su perfume pasa a través de nosotros.

Más maravilloso aun, «*para Dios* somos grato olor de Cristo». Este es el punto principal de Pablo aquí. Al margen de lo que la gente pueda pensar de nosotros, Dios nos percibe con agrado cuando ponemos en alto a Jesucristo crucificado. Un comentarista escribió: «Nada deleita más el corazón de Dios que la predicación del evangelio de Cristo».¹

¿En qué sentido somos un «aroma»? La imagen viene del Antiguo Testamento. Se utiliza ya en el episodio del sacrificio de Noé —«Y percibió Jehová olor grato» (Gn. 8:21)— y aparece en Levítico en las leyes acerca de los sacrificios (p. ej. Lv. 1:9, 13, 17, etc.). A Dios le agradó que Noé y los sacerdotes levitas ofrecieran sacrificios expiatorios, dando testimonio de la misericordia de Dios con los pecadores. Del mismo modo, agradó a Dios que Cristo ofreciera la expiación definitiva en sí mismo en la cruz. Y Dios se complace hoy en día cuando nos ofrecemos a nosotros mismos y a nuestras iglesias como sacrificios vivos (Ro.

EL EVANGELIO

12:1), para exhibir el evangelio de Cristo. A lo largo de toda la Biblia, el placer de Dios llega a un punto culminante en la cruz de Cristo. Este sacrificio fue prefigurado en tiempos del Antiguo Testamento, tuvo cumplimiento en Cristo mismo, y se representa de nuevo en nosotros hoy en día.

Se ha dicho: «Es el *quemar* la ofrenda lo que hace que sea un aroma agradable». ² Y las iglesias donde los corazones arden con el evangelio desprenden el aroma de Cristo mismo, el cual es maravilloso para Dios arriba en el cielo. Hay mucho acerca de nosotros que Dios pasa por alto con gracia. Lo que tiene en cuenta, y lo que le agrada, es la pasión de nuestras iglesias por Cristo crucificado.

Pero aquí en la tierra, entre las personas, a menudo la historia es diferente. Las opiniones que la gente tiene de nosotros gravitan hacia dos extremos opuestos. Y cuanto más claras sean nuestras iglesias acerca de Cristo, más polarizadas estarán las opiniones.

Para «los que se salvan», somos la dulce fragancia de Cristo mismo. Las personas se sienten animadas y ayudadas por nuestro evangelio, como si el Señor mismo estuviera presente en nuestros esfuerzos, pues su Espíritu lo está. Estas personas entran y se unen a nosotros.

Para «los que se pierden», desprendemos un hedor ofensivo. Las personas se preguntan cuál es nuestro problema, por qué no lo captamos, por qué no nos damos una ducha de pensamiento actualizado. Estas personas no aceptan lo que decimos porque no

es lo suficientemente bueno para ellos. Sin embargo, aunque estas personas se sientan ofendidas, nuestros ministerios del evangelio permanecen dulces para Dios en el cielo.

¿Qué aprendemos de estas dos fuertes reacciones? ¿Qué dice la Biblia que nos pueda ayudar en medio de la desconcertante complejidad de las opiniones humanas, tanto positivas como negativas? Lo que dijo Juan Calvino de forma tan sencilla acerca del evangelio: «Nunca se predica en vano».³

El propósito de Jesús al venir al mundo no fue la condenación, sino la salvación (Jn. 3:17). No obstante, aun hoy en día, algunas personas muestran una reacción alérgica a su evangelio de salvación. Estallan con una erupción de rechazo, aun cuando otras personas son sanadas más y más. Observa los tiempos en presente en 2 Corintios 2:15: «los que *se salvan*» y «los que *se pierden*». Algunas personas están en el camino a la ruina eterna. El evangelio les susurra: «Todo aquello en lo que crees, en lo más profundo, está destruyéndote, incluso ahora. Estás completamente equivocado. ¡Corre a Cristo!». Pero no lo hacen. Otros están en el camino a la vida eterna. El evangelio les declara: «Todo aquello que más profundamente esperas está haciéndose realidad en ti, incluso ahora. ¡Quédate con Cristo!». Y lo hacen. El evangelio tiene un impacto sentido en ambos tipos de personas.

La única cosa que el evangelio nunca hace, es nada.

EL EVANGELIO

El evangelio del Señor Jesucristo rechaza ser sostenido a una distancia segura, con una indiferencia crítica. Nadie juzga al evangelio. El evangelio los juzga a todos, y salva a algunos.

Debemos tomarnos esto muy en serio. Cada vez que escuchamos el evangelio predicado, nos endurece o nos emblandece un poco más, dependiendo de la condición de nuestro corazón ante Dios. No podemos permanecer seguros, como si tuviéramos el control. Martyn Lloyd-Jones sabiamente nos aconseja:

Tened cuidado con cómo tratáis a Dios, amigos míos. Quizá te digas a ti mismo: «Puedo pecar contra Dios y luego, por supuesto, puedo arrepentirme, volver atrás y encontrar a Dios cada vez que quiera». Inténtalo. Encontrarás a veces que no solo no puedes encontrar a Dios, sino que ni siquiera lo deseas. Percibirás una terrible dureza en tu corazón, y no podrás hacer nada al respecto. Entonces, de repente, comprenderás que Dios te está castigando a fin de revelarte tu pecado y tu vileza. Solo puedes hacer una cosa. Vuélvete de nuevo a él y di: «Oh Dios, no sigas tratándome judicialmente, aunque lo merezco. Ablanda mi corazón. Derrítame. Yo no puedo hacerlo». Lánzate completamente en su misericordia y en su compasión.⁴

Nosotros, los pecadores, no controlamos el poder de Dios. Tan solo verificamos su poder, de una u otra manera, y revelamos la verdad acerca de nosotros.

DE MUERTE PARA MUERTE, DE VIDA PARA VIDA

De hecho, como Pablo explica más adelante, la exposición al evangelio hace cada vez más evidente la verdadera condición de los corazones de la personas. Nuestro aroma del evangelio es para unos «olor de muerte para muerte», y para otros «olor de vida para vida» (2 Co. 2:16). No solo las respuestas de la gente a las iglesias saturadas del evangelio revelan lo que hay en sus corazones con respecto a Cristo mismo, sino que también las llevan más y más lejos. «De muerte para muerte» significa que están cayendo aun más hondo en la muerte, impulsados por la repugnancia que sienten al hedor del evangelio. Están en una caída en espiral que va de mal en peor en una condición irreversible, alejados de la intervención misericordiosa de Dios. «De vida para vida» significa que sus corazones nacidos de nuevo están cada vez más vivos, son más sinceros, más sensibles, atraídos una y otra vez por la dulce fragancia de Cristo en el mismo evangelio.

Nadie es inalterable. No hay nadie que *no* responda al evangelio. Todos transitamos a lo largo de un camino u otro.

Naturalmente, queremos eliminar de nuestras iglesias todo obstáculo que evite el aceptar a Cristo y el crecer en él (Is. 57:14-15; 2 Co. 6:3). Queremos adaptar nuestra comunicación con sabiduría y humildad (1 Co. 9:19-23; 10:32-11:1). Deseamos resolver las dudas y las dificultades de las personas en la medida que nos sea posible (Col. 4:5-6; 1 P. 3:15). Pero jamás podremos evitar

EL EVANGELIO

una respuesta negativa si comunicamos el evangelio con efectividad. Un rechazo airado, cínico y crítico de «muerte para muerte» no es nuestro fracaso. El rechazo forma parte del ministerio del evangelio debido a la naturaleza del corazón humano caído.

Me aventuro a añadir, por supuesto, ¡qué feo sería regodearse de alguien en esa horrible condición! Debemos llorar por las personas para las que el evangelio nunca es lo suficientemente bueno, personas que no están satisfechas porque son imposibles de satisfacer. Se están alejando de Jesús, en dirección a la muerte. De todas formas, nunca debemos desviarnos de nuestra fidelidad a Cristo a causa del rechazo humano. Algo profundo está sucediendo, más profundo que cualquier ajuste que podamos hacer a nuestra presentación del evangelio.

No obstante, es *a través* de nosotros que Dios esparce la fragancia del conocimiento de Cristo (2 Co. 2:14), lo cual es asombroso. Mediante nuestros ministerios, los destinos eternos de las personas se manifiestan incluso ahora, en el tiempo. Y su rechazo a nuestro ministerio del evangelio es aleccionador para nosotros. Sería mejor para ellos no haberlo oído jamás en absoluto. No es de extrañar que Pablo diga: «¿Y para estas cosas, ¿quién es suficiente?». Por supuesto, el evangelio es suficiente para todos los propósitos de Dios, pero nosotros no somos suficientes. Damos lo mejor de nosotros semana tras semana, pero somos pequeños e inadecuados.

La realidad más profunda es que estamos atrapados en la obra de salvación y juicio de Dios. Hay consecuencias eternas implícitas en cada reunión de la iglesia, en cada estudio bíblico, en cada conversación personal y en cada publicación de blog. El cielo y el infierno están empezando a aparecer en las personas ante nuestros propios ojos. Y lo que digamos puede resultar fatal para uno y de salvación para otro; ¿quién es suficiente para este papel?

El ministerio del evangelio en nuestras iglesias implica más que una argumentación doctrinal. Tal y como opera una fragancia, la obra del evangelio es sutil. No son tan solo los hechos brutos que aterrizan bruscamente en la mente de alguien, sino un aroma que llega al corazón. Y el contacto con esta luz da como resultado la vida o la muerte. Tal es el asombroso poder del evangelio de Dios.

UNA CULPA MAL DIRIGIDA

Como cristianos, no deberíamos desanimarnos cuando seamos juzgados y maltratados. Forma parte del ministerio del evangelio. Deberíamos esperarlo y aceptarlo por amor al Señor. Aquellos que rechazan al Cristo que proclamamos raramente admiten que su elección es contra él. Para justificarse, buscan maneras de echarnos la culpa. Sí, siempre deberíamos admitir nuestros verdaderos fracasos con total honestidad. No obstante, es impactante ver la confianza que tenían los apóstoles. En el Nuevo Testamento no vemos un espíritu de autoacusación. Las expresiones de culpabili-

EL EVANGELIO

dad no aparecen en ninguna parte de 2 Corintios 2:15-16, donde Pablo resume todo su ministerio.

Una manera de neutralizar el impacto de una iglesia fiel es permitir un espíritu de autodesconfianza inapropiada. Charles Haddon Spurgeon dijo: «Oh, esta terrible y solemne verdad, de que de todos los pecadores, algunos de los peores son los del santuario. Aquellos que pueden sumergirse más profundamente en el pecado, y a la vez tener las conciencias más tranquilas y los corazones más duros, son algunos de los que se encuentran en la misma casa de Dios». ⁵ Cuando estas personas crean controversias en una iglesia, alguna persona con buenas intenciones a menudo complica el asunto diciendo: «Pero en todo conflicto, siempre hay algo de culpa en ambas partes». ¿En serio? En muchos conflictos, sí, pero, ¿en *todos*? Eso no es lo que dice la Biblia.

La primera «división de iglesia» que se registra en la Biblia tuvo lugar de forma bastante unilateral; Caín mató a su hermano Abel debido a una controversia relativa a la adoración (Gn. 4:1-12). ¿Y qué estaba haciendo Abel tan mal, para que Caín se sintiera justificado para destruir a su hermano? La Biblia responde:

No como Caín, que era del maligno y mató a su hermano. ¿Y por qué causa le mató? Porque sus obras eran malas, y las de su hermano justas. Hermanos míos, no os extrañéis si el mundo os aborrece. (1 Jn. 3:12-13)

Lo que podemos esperar

Tanto Caín como Abel eran pecadores. Pero lo que desencadenó el conflicto fue que las obras de Caín eran malas, y las de su hermano justas, y eso Caín no lo podía soportar.

Cuando alguna iglesia tiene miembros mundanos cuyos corazones aún no han sido regenerados, ese escenario se vuelve a reproducir una y otra vez hasta que se hace frente a lo mundanal y la sinceridad del evangelio es restaurada. Por ejemplo, la gente podría acusar a los ministerios del evangelio fieles de no tener amor, el cual es una carga fácil de imputar, pero casi imposible de probar o refutar. Aquellos que lideramos debemos discernir lo que realmente está pasando, aplicando categorías bíblicas de evaluación. John Piper concreta esto vívidamente:

He visto mucho chantaje emocional en mi ministerio, y estoy deseoso de hacer una advertencia en contra de esto. El chantaje emocional ocurre cuando una persona equipara su dolor emocional con el fracaso de otra persona para amar. No son lo mismo. Una persona puede amar bien y el que es amado aun sentirse herido, y utilizar el dolor para chantajear al que ama para que admita una culpabilidad que él o ella no tiene. El chantajista emocional dice: «Si me siento herido por ti, tú eres el culpable». No hay ninguna defensa. La persona herida se ha convertido en Dios. Sus emociones se han convertido en juez y jurado. La verdad no importa. Lo único que importa es el

EL EVANGELIO

sufrimiento soberano del agraviado. Está sobre toda duda. Este mecanismo emocional es un gran mal. Lo he visto a menudo en mis tres décadas de ministerio y ansío defender a las personas que están siendo injustamente acusadas por ello.⁶

En una época en la que la infelicidad personal a menudo se considera como la culpa de otro, algunas personas entran en la iglesia buscando un chivo expiatorio. Los líderes de la iglesia son presa fácil. La percepción airada de la gente con respecto a los líderes es, como el Dr. Piper sugiere, lógicamente confusa pero psicológicamente convincente dentro de su propio mundo pensado, y rápidamente extienden esa percepción a otras personas. Entonces, en el nombre de la «reconciliación», estos líderes pueden sentir presión para confesar como pecados aspectos de su ministerio que son, de hecho, fieles al evangelio y amorosos con la gente.

LOS ENEMIGOS Y UN AMIGO

Otra vez, seamos humildes y admitamos honestamente todo error. No obstante, 2 Corintios 2:15-16 nos enseña que la oposición a la que nos enfrentamos puede indicar cuán fieles somos al provocativo evangelio de nuestro provocativo Señor.

La fidelidad crea enemigos en la tierra. Pero la fidelidad también tiene un Amigo y Abogado en lo alto:

Lo que podemos esperar

Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros. (Mt. 5:11-12)

NUESTRO CAMINO POR DELANTE

Estos son los que siguen al Cordero por dondequiera que va.

Apocalipsis 14:4

En todo este mundo, no hay:

verdad tan sólida como la doctrina del evangelio,
comunidad tan humana como la de la cultura del evangelio,
nada tan resistido y aun así tan redentor como ambas cosas juntas, y
nada tan digno de nuestra máxima devoción.

Espero que estés convencido de que la doctrina del evangelio es fiel a la Biblia y que la cultura del evangelio humaniza a las personas. Si esto es así, ¿qué es lo siguiente? ¿Qué se requiere de nosotros? ¿Qué implicará que el evangelio que amamos renueve las iglesias que también amamos?

EL EVANGELIO

Dada la corrupción de nuestros corazones (Jer. 17:9), lo primero que debemos hacer es arrodillarnos delante de Dios y humildemente rogarle que nos sostenga. Cada uno de nosotros se encuentra a cinco minutos del desastre moral y ministerial. Seamos realistas acerca de cuán opuestos pueden estar nuestros deseos a los caminos de Dios. Tú y yo no somos los salvadores. Solo hay un Salvador. Por tanto, ahora mismo, debemos arrojarnos en sus brazos y no dejar de hacerlo nunca, momento a momento, mientras vivamos. Francis Schaeffer solía decir: «Nosotros no estamos edificando el reino de Dios. Él está edificando su reino, y estamos orando por el privilegio de estar involucrados».

Dentro del rango de oportunidades que él nos concede por gracia, veo tres sencillos tesoros que cada uno de nosotros y nuestras iglesias podemos encontrar: poder, valentía y amor. No veo ningún avance sin ellos. Son bíblicos. No precisan de dinero ni de un estilo de adoración particular. Pueden funcionar en cualquier iglesia de cualquier denominación siempre y cuando el evangelio mismo —y solo el evangelio— se coloque en el centro definidor de esa iglesia.

Si hemos sufrido la pérdida de todas las cosas para ganar a Cristo —sin egos que proteger o cuentas que ajustar— somos libres para recibir su poder, valentía y amor. Estas cosas superan a todo en este mundo, porque provienen de más allá. Qué cautivador es que nuestras iglesias digan: «No daremos ni un paso más

Nuestro camino por delante

sin el poder, la valentía y el amor del evangelio para la gloria de Cristo solamente. ¡No más *statu quo!*».

Pensemos en cada uno de estos tres tesoros.

PODER

El primero es el poder. El evangelio es poder de Dios (Ro. 1:16), y Jesús dijo que sus seguidores serían «investidos de poder desde lo alto» (Lc. 24:49). El día de Pentecostés, «De repente, vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba» (Hch. 2:2). Aquel poder no vino del pastor, ni de la gente, ni del grupo de alabanza. Vino del cielo, súbitamente, sin explicación, excepto que Dios estaba ahí.

¿Cómo podemos levantar el nombre de Cristo sin el poder de Cristo? Si nuestros propósitos no se elevan por encima de lo que podemos lograr mediante nuestra organización y pensamientos, entonces deberíamos convertir nuestras iglesias en centros comunitarios. Pero si estamos cansados de nosotros mismos y de nuestra propia brillantez, si estamos avergonzados de nuestros fracasos, entonces estamos listos para el don del poder que viene de lo alto.

Frecuentemente pensamos en el poder de Dios como un ingrediente añadido que recarga nuestros propios esfuerzos. La iglesia primitiva no pensó de esta manera. Pensaban en el poder de Dios como una intervención milagrosa sin la cual no podían

EL EVANGELIO

hacer nada. Ni siquiera se esperaba que las palabras del evangelio obraran de una manera automática. El apóstol Pablo definió un ministerio auténtico entre los tesalonicenses de esta manera: «Nuestro evangelio no llegó a vosotros en palabras solamente, sino también en poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre» (1 Ts. 1:5). La llegada del evangelio provocó un encuentro, un choque entre las declaraciones de la cultura tesalonicense y las declaraciones de un reino eterno. Hizo que los tesalonicenses se volvieran de los ídolos que ellos mismos se inventaron para servir al Dios viviente y verdadero (1 Ts. 1:9). La idea de que Dios pudiera realzar sus poderes meramente añadiendo su poder era lo más remoto que podría pasar por las mentes de estos creyentes.

¿Cómo podemos hoy ahondar más profundamente en el poder de Dios? La respuesta siempre será sencilla. Todo lo que podemos hacer es volvernos a nuestro Señor y su gracia: «Esfuézate en la gracia que es en Cristo Jesús» (2 Ti. 2:1).

¿Te parece una respuesta demasiado fácil, incluso decepcionante? Entonces inténtalo. Nunca es fácil. Significa rechazar deliberadamente cualquier otra fuente de fuerza, excepto la sola gracia de Cristo. Tal rechazo contradice la lógica de cristianos pragmáticos como nosotros, tan seguros de nosotros mismos, centrados en conseguir cosas. Nuestro ingenio siempre parece prometernos tener un mayor impacto. Pero ese ingenio, de hecho, es una carga brillantemente disfrazada como un recurso. La batal-

Nuestro camino por delante

la que verdaderamente se está librando en nuestros tiempos es tan intensa que solamente puede ganarse por la gracia que hallamos tan solo en Cristo Jesús. Todas las demás armas de guerra llevan a la huida, la derrota y la desgracia. Pero fortalecidos por su gracia, avanzaremos tropezando de victoria en victoria.

Dado que estamos pensando aquí en el poder que proviene de Dios, podrías esperar que yo hiciera un llamado para más oración. Pues sí, ¡oremos más! Nunca experimentaremos a Dios sin depender de Dios y sin clamar a Dios. El pastor Eric Alexander de la Iglesia de Escocia explica cómo la oración realmente influye en nuestra labor: «La oración es *la esencia* de la obra a la que Dios nos ha llamado. Frecuentemente hablamos de orar *por* la obra, pero esencialmente la oración misma *es* la verdadera obra».¹

Hoy en día, es raro ver una pasión por la oración como la esencia del ministerio del evangelio. Pero también creo que es fútil forzar a la gente a orar. No dará más resultado que un arranque de entusiasmo que pronto desaparecerá. Conozco tan solo un método infalible para hacer que la iglesia ore, y siga orando, a fin de que el poder de Dios descienda: debemos fracasar. Necesitamos fracasar tan terriblemente, y tan obviamente, que lleguemos a darnos cuenta de cuán confiados estamos en nosotros mismos, y no en Dios. Necesitamos quedar conmocionados por el colapso de nuestros mejores métodos. Pero bendito desastre catastrófico, con toda su miseria y vergüenza, ¡si este nos lleva de nuevo a Dios!

EL EVANGELIO

Incluso el apóstol Pablo aprendió a las malas. Dios le dio una visión del cielo (2 Co. 12:1-4). Sin embargo, esa sagrada experiencia no le garantizó su avance hacia el poder. En lugar de eso, fue su «aguijón en la carne», el dolor que lo redujo a una angustiada debilidad (vv. 5-10). Fue ahí, en su desesperante necesidad, que el Señor se le manifestó poderosamente. Entonces, su ministerio tuvo la fuerza que nunca antes había tenido. «Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte» (v. 10).

Estas son las opciones a las que nos enfrentamos a cada momento: ¿Será nuestro objetivo causar una impresión? ¿Esperaremos tener un control total? ¿Nos aseguraremos de estar siempre en la cumbre como ganadores? ¿O seremos felices porque el poder de Cristo reposa sobre nuestras infinitas debilidades? «Ningún hombre puede dar al mismo tiempo la impresión de que es ingenioso, y de que Jesucristo es poderoso para salvar».² Tampoco puede hacer esto la iglesia.

VALENTÍA

El segundo tesoro es la valentía. Jesús dijo, «Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará» (Mr. 8:35).

Hay una sola manera de servir a nuestro Señor; con total dedicación, cualquiera que sea el costo, «para que en todo ten-

ga la preeminencia» (Col. 1:18). Henry Drummond solía decir: «No toques el cristianismo a menos que estés dispuesto a buscar primeramente el reino de los cielos. Te prometo una existencia miserable si lo buscas en segundo lugar».³

El evangelio nunca avanza sin que alguien pague un precio. Requiere valor vivir en la realidad de ese costo, pero también es liberador. Ya no estaremos abrumados por el egoísmo, ni estaremos aprisionados en los logros del pasado, ni tampoco intimidados por los fracasos del ayer. En vez de esto, seremos libres para correr la carrera puesta delante de nosotros, mirando solo a Jesús.

Por tanto, debemos reubicarnos mentalmente en la línea de salida de la carrera que vamos a correr, al pie de la montaña que vamos a escalar, y regocijarnos en ello como la mayor aventura de nuestra vida; y afronta la siguiente dificultad.

La grandeza de Cristo crea valentía en nosotros. Pablo escribe, «Olvidando ciertamente lo que queda atrás y extendiéndome a lo que está delante» (Fil. 3:13-14). Así es cómo piensan los cristianos *maduros* (v. 15). Son asidos por el evangelio y se vuelven entusiastas, abiertos y con visión de futuro.

Un pastor maduro no trata a su iglesia como si estuviera lanzando unos dados al aire de forma imprudente, sino que está sinceramente abierto a buscar una reforma sustancial de la misma. Un pastor es sabio cuando se pregunta, «¿Qué hay en nuestra

EL EVANGELIO

iglesia que valga la pena proteger a toda costa?». Algunas cosas valen la pena, pero no todas.

Si eres el líder de una iglesia y estás asentado en tu ministerio, llevando a cabo una rutina pesada y aburrida, cobrando regularmente una nómina, soportándolo hasta tu jubilación, tu problema no es una falta de oportunidades. Tu problema es que has perdido de vista la gloria de Jesús. Te has conformado con menos. Debes arrepentirte por toda esa gloria inferior y servir de nuevo a tu Señor con una gozosa rendición.

Si sientes poca inquietud por una nueva bendición en tu iglesia, quizá hayas olvidado de quién es la iglesia. No es tuya. Fue comprada por un precio, y le pertenece a Otro. Permítele hacer las cosas a su manera, conforme a su Palabra solamente, solo para su gloria. Confía en que, por cada falso tesoro que entregues, él más te bendecirá con verdaderas riquezas espirituales.

La barrera principal para el ministerio del evangelio por medio de tu iglesia, no está afuera en el mundo; el principal obstáculo se halla en el interior de tu misma iglesia. Cada iglesia, hasta cierto punto, obstruye y entorpece el evangelio, aun cuando intentemos que avance. Así que cada una de nuestras iglesias debería examinarse a sí misma y, entonces, deberíamos hacer todo ajuste necesario, aunque sea doloroso, embarazoso o controvertido, por causa de nuestro amor al Señor Jesucristo. Él honrará nuestra valentía, porque proviene de la fe.

Nuestro camino por delante

La Escritura nos muestra que la iglesia primitiva valoraba la valentía por encima de la vida misma (Hch. 4:23-31). Qué emocionante es para nuestras iglesias hoy poner al Señor en primer lugar, confiando en que él tiene para nosotros propósitos en el evangelio para nosotros. Es motivo de gozo para una iglesia el ponerse de pie y decir: «No sabemos exactamente cómo va a suceder, pero vamos a confiar en el Señor y caminar hacia adelante, porque lo único que nos importa es que Jesús reciba más gloria en nuestro mundo hoy».

Una nueva valentía siempre comienza con los líderes. Lo que sean los líderes, en eso se convertirá finalmente toda su iglesia. Si los líderes solo se preocupan de los negocios, incluso la adoración en la iglesia se convertirá en algo parecido a un negocio. Pero si los líderes son valientes por Cristo, su iglesia también lo será. John Heuss, un pastor episcopal de una generación previa, nos habla hoy:

Es mi creciente convicción que ninguna parroquia puede cumplir con su verdadera función a menos que haya en el centro de su vida de liderazgo una pequeña comunidad de cristianos discretamente fanáticos, transformados y verdaderamente convertidos. El problema de la mayoría de parroquias es que nadie, incluido el pastor, ha sido considerablemente cambiado. Pues aun cuando haya un ministro devoto y sacrificado en el corazón de la hermandad, no ocurrirá mucho hasta que

EL EVANGELIO

haya una comunidad de hombres y mujeres transformados... No queremos hombres ordinarios. Los hombres ordinarios no pueden ganar la vida brutalmente pagana de una ciudad como Nueva York para Cristo. Necesitamos fanáticos discretos.⁴

No es solamente un episcopaliano. Howard Guinness, un líder en los inicios de la *InterVarsity Christian Fellowship*, nos desafía de manera similar:

¿Dónde están los hombres que dicen «no» al yo, que toman la cruz de Cristo y la llevan tras él,... que están dispuestos, si es necesario, a sangrar, sufrir y morir por ello?... ¿Dónde están los aventureros, los exploradores, los bucaneros por Dios, que consideran el alma de un hombre como de mayor valor que el ascenso o la caída de un imperio?... ¿Dónde están los hombres dispuestos a pagar el precio de esa visión?... ¿Dónde están los hombres de Dios en este día del poder de Dios?⁵

Finalmente, nada menos que Jonathan Edwards nos aconseja a todos:

Dos cosas se necesitan urgentemente en los ministros, si pretenden grandes avances para el reino de Cristo, y son el celo y la determinación. Su influencia y poder para impactar son mayo-

Nuestro camino por delante

res de lo que pensamos. Un hombre de habilidades ordinarias logrará más con celo y determinación que un hombre diez veces más dotado sin celo ni determinación... Los hombres que son poseídos por estas cualidades normalmente sobrellevan casi todos los asuntos del día. La mayoría de las grandes cosas que se han hecho en el mundo, las grandes revoluciones que se han conseguido en los reinos e imperios de la tierra, han sido principalmente debidas al celo y la determinación. La mera aparición de una personalidad intensamente comprometida, junto a una valentía intrépida y una determinación sin concesiones, en cualquier persona que haya emprendido un liderazgo en cualquier asunto humano, recorrerá un largo camino hacia el resultado deseado... Cuando la gente observa un alto grado de celo y determinación en una persona, esta les impresiona y tiene una influencia que los dirigirá... Pero mientras permanezcamos fríos y sin corazón, y solo siguiendo el curso de manera apagada, en un viejo ciclo de formalidad, nunca lograremos nada grande. Nuestros esfuerzos, cuando muestran tal frialdad e irresolución, ni siquiera harán que la gente piense en interesarse... La aparición de tal indiferencia y cobardía provoca oposición.⁶

AMOR

El tercer tesoro que una iglesia necesita es el amor. «Todas vuestras cosas sean hechas con amor» (1 Co. 16:14). Con esta sola frase, el

EL EVANGELIO

apóstol Pablo lleva toda la doctrina del evangelio que ha enseñado en la primera carta a los corintios a una conclusión práctica. La hermosura del amor es la corona de una iglesia bien enseñada.

¿Cómo podría ser de otra manera? Cristo mismo es completamente hermoso. En su sermón con el mismo título, John Flavel nos ayuda a ver la hermosura sin igual y pura de nuestro Señor:

Cristo trasciende infinitamente al más excelente y bello de los seres creados. Cualquier hermosura que se halle en ellos, no deja de tener su lado desagradable. Las imágenes más bellas tienen sus sombras. Las gemas más raras y más brillantes han de tener fondos oscuros para que se aprecie su belleza. La mejor de las criaturas es como mucho agrisulce. Si hay algo agradable, hay también algo desagradable. Si una persona tiene toda excelencia, tanto por naturaleza como por gracia, para deleitarnos, hay también entremezclado con ello algo de corrupción natural para causarnos rechazo. Pero no sucede así con nuestro Cristo completamente hermoso. Sus excelencias son puras y sin mezcla. Él es un mar de dulzura, sin una sola gota de hiel.⁷

Esto es Cristo. Siempre será un mar inacabable de dulzura para nosotros. Nunca saborearemos en él una sola gota de hiel. No hay nada en Cristo por lo que tengamos que preocuparnos. Él es absolutamente dulce y hermoso.

Nuestro camino por delante

Las implicaciones para nosotros en nuestras relaciones humanas son cautivadoras. Cristo, quien «está en el seno del Padre» (Jn. 1:18), ha venido a nuestro mundo de brutalidad. Está presente en su Iglesia hoy, y lo demuestra. Trae ternura, sensatez, abnegación, sinceridad y cuidado desinteresado a nuestras relaciones interpersonales. Le fallamos de muchas maneras, pero pertenecemos a Aquel que es absolutamente hermoso, lo que significa que no puede haber nada de mal gusto, ordinario, engañoso o sucio por parte nuestra que no debería ser corregido inmediatamente por su evangelio. ¿Cómo verá la gente en la tierra la verdadera belleza de nuestra Cabeza si su cuerpo tiene cicatrices de fealdad, como todo lo demás en este mundo? No tenemos derecho a desfigurar su imagen en nosotros. Entre los seguidores de Cristo, la hermosura tiene autoridad.

Jesús nos dijo que este mundo incrédulo nos identificará como cristianos solo si reflejamos su hermosura.⁸ Dijo: «Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros» (Jn. 13:34-35).

El mandamiento de Cristo es que nos amemos los unos a los otros. El ejemplo de Cristo es que muramos los unos por los otros. La promesa de Cristo es que nuestro amor le mostrará a un mundo escéptico la diferencia que él marca. El amor es el medio

EL EVANGELIO

autorizado por Cristo para que seamos convincentes. Hoy en día, la gente no se interesa en la doctrina, pero sí que les importa el amor. El mundo no se deja impresionar por nada que haya en nosotros, ni debería ser así, excepto por el amor de Cristo. *Si de manera notable fallamos en amarnos los unos a los otros, cuando deberíamos parecernos a Jesús, entonces el mundo tiene el derecho a concluir que no sabemos nada de él.* Podrían estar equivocados. Podríamos ser verdaderamente cristianos. Pero el mundo acierta al considerar a los cristianos que no aman como no cristianos. El mismo Jesús les dio ese derecho.

Jesús incluso dijo más. En Juan 17 oró, no por la raza humana en general, sino por su pueblo: «No ruego por el mundo, sino por los que me diste... para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste» (Jn. 17:9, 21). La realidad final en la Deidad eterna es una comunidad amorosa, el Padre a una con el Hijo, el Hijo a una con el Padre. El mundo no sabe nada de esta clase de unidad intensa, personal e inquebrantable. El mundo es divisivo, irritable, tenso y susceptible. El mundo ni siquiera cree que la verdadera unidad pueda existir. Nunca ha visto algo así. Todo lo que han visto es unos comiéndose a otros. Pero Jesús oró por nosotros, su iglesia, para que fuéramos un nuevo tipo de comunidad aquí en el mundo. Oró para que nuestras iglesias fueran una prueba viviente de la suprema realidad ante el

Nuestro camino por delante

mundo de hoy, para que más personas pudieran ver más allá de este mundo, al ver en nuestras iglesias —¡sí, en nuestras iglesias!— algún reflejo de la unidad del Padre con el Hijo, y entonces crean en el evangelio.

Mientras profundizamos en la magnitud de la oración de nuestro Señor, ¿podemos pensar en todo esto sin tristeza? Cuán justificadamente el mundo mira a las iglesias divididas y piensa: «Cuando vosotros los cristianos averigüéis cómo llevaros bien, hablamos. Pero hasta entonces, ¿no estamos interesados!». Lo que está en juego entre nosotros los cristianos no es nada menos que el testimonio de que el Padre envió a su Hijo. No solo está en juego nuestra credibilidad, sino la de Jesús como Aquel enviado de Dios.

La unidad, tanto en nuestras iglesias como entre todos los verdaderos cristianos, nace del amor, por lo que este no es un pequeño complemento. Nuestra unidad exalta a Jesús a los ojos del mundo como el verdadero Hijo de Dios enviado por el Padre; todos sus argumentos son convincentes, todos sus propósitos son deseables y todas sus promesas son inevitables. Para Jesús esto era tan importante, que *oró* por ello. ¿Lo hacemos nosotros? ¿Compartimos su pasión? ¿O lo consideramos como una opción mientras nos entregamos a nuestras prioridades?

Damos testimonio vivo de Jesús como el Hijo de Dios por medio de la unidad con todos los cristianos verdaderos en todas partes. Este amor por todas las iglesias verdaderas no requiere, en

EL EVANGELIO

mi opinión, igualdad institucional, pero sí identificación emocional. Nuestras iglesias deberían de alegrarse de los éxitos de las otras y deberían entristecerse por sus problemas. Deberíamos hablar bien los unos de los otros entre líneas denominacionales y humillarnos, perdonando las heridas del pasado y promoviendo el bien común en el evangelio. ¡Nuestro amoroso Cristo merece una iglesia amorosa en el mundo hoy!

He aquí dos ilustraciones de los pasos prácticos que podemos dar hacia una auténtica unidad. El primero viene de un pastor de mi propia ciudad, Nashville, quien recientemente actualizó la página web de su iglesia. Una de las subpáginas tiene el título «#mismoequipo».⁹ El texto dice:

Si bien nos encantaría que fueras parte de la familia de la iglesia CPC, sabemos que hacen falta todo tipo de iglesias para alcanzar a todo tipo de personas. ¡El reino de Dios es mucho más grande que cualquier denominación o iglesia local particular! Si por cualquier razón decides que CPC no es la iglesia para ti, hay muchas otras buenas iglesias que podríamos recomendar. Aquí hay algunas para considerar...

Entonces la página ofrece una serie de enlaces a las páginas web de otras iglesias de la ciudad; presbiterianas, bautistas, anglicanas e independientes, todas ellas unidas por el evangelio. Esta página

Nuestro camino por delante

web es una respuesta clara a la oración de nuestro Señor de que seamos uno. Es impensable que esta desinteresada generosidad de corazón sea ignorada. El amor siempre es convincente. Este pastor está dando testimonio de la autoridad del Hijo de Dios mediante su solidaridad pública hacia otros verdaderos cristianos.

La segunda ilustración tiene que ver con la reconciliación. Ya que no siempre nos hemos amado unos a otros con la hermosura que hace que la gente se gire para mirar, deberíamos afrontar nuestros fracasos con honestidad, y sanar nuestras relaciones rotas tanto como nos sea posible (Ro. 12:18). Tristemente, «El hermano ofendido es más tenaz que una ciudad fuerte, y las contiendas de los hermanos son como cerrojos de alcázar» (Pr. 18:19). Oh, «¡Los muros invisibles del distanciamiento, tan fáciles de erigir, tan difíciles de demoler!».¹⁰ Las palabras y los hechos crueles perduran en la memoria por décadas, filtrándose aun hasta la siguiente generación. El tiempo no borra nada.

Pero Cristo puede redimirlo todo. Cuando una ofensa rompe la unidad del amor en el cuerpo de Cristo, debemos seguir sus claras instrucciones: «Mirad por vosotros mismos. Si tu hermano pecare contra ti, repréndele; y si se arrepintiere, perdónale. Y si siete veces al día pecare contra ti, y siete veces al día volviere a ti diciendo: Me arrepiento, perdónale» (Lc. 17:3-4). Hay una profunda sabiduría en estas sencillas palabras. Merecen cuidadosa meditación. Nuestro Señor es muy claro aquí, tal y como

EL EVANGELIO

necesitamos que lo sea. Cuando hemos perjudicado a alguien o hemos sido perjudicados nosotros, tendemos a ofrecer evaluaciones complicadas de la dificultad. Nos ponemos nerviosos, con reglas y procedimientos y, debajo de esto, está nuestro temor y orgullo. Pero toda la corrección de procedimiento existente sobre la tierra no podrá restaurar el amor, si en nuestros corazones hay amargura. Afortunadamente, la sencilla sabiduría de nuestro Señor brillará si nuestros corazones son blandos. Él nos enseña cómo comenzar a movernos hacia las otras personas, quizá con precaución al principio, pero con un poder sanador, cuando nuestros corazones están rotos.

Me ha ayudado el Avivamiento del Este de África y su énfasis en «caminar en la luz». El obispo Festo Kivengere, por ejemplo, dice cómo el Señor trató con él:

Una vez, William Nagenda y yo estuvimos compartiendo unos extenuantes itinerarios de predicación en el extranjero. A lo largo del camino, comencé a ponerme celoso por el éxito de mi hermano. Empecé a ser crítico con todo lo que decía. Cada frase suya estaba mal, desde el punto de vista de la gramática o según la Escritura, y sus gestos eran hipócritas. Todo lo que hacía mi hermano estaba mal, mal, mal. Cuanto más crítico era, más me enfriaba. Me convertí en alguien frío, solitario y nostálgico. Me hallaba bajo la convicción del Espíritu Santo,

Nuestro camino por delante

pero seguía intentando justificarme, culpando a William. Al final me arrepentí y entonces tuve que afrontar la difícil tarea de admitir mi mala actitud hacia William. Estábamos a punto de empezar una reunión en la que predicaríamos juntos, y dije, «William, lo siento. Lo siento mucho. Supongo que notaste mi frialdad». «Sí, percibí tu frialdad, pero no sabía lo que había pasado. ¿Qué ocurre?». «Estaba celoso de ti. Por favor, perdóname». Mi querido hermano se levantó, me abrazó y ambos derramamos lágrimas de reconciliación. Había de nuevo calidez en mi corazón y, cuando él predicó, el mensaje me habló profundamente.¹¹

El versículo que renovó continuamente el amor de los cristianos africanos fue 1 Juan 1:7: «Pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado». Un corazón alejado de Dios crece alejado de los demás. Se enreda en comparaciones inmisericordes, y en hallar faltas interminables. Por tanto, toda restauración empieza por volverse a Dios primero, como los prodigos que somos.

Lo maravilloso es que, cuando nos perdemos en el camino, no es difícil encontrar a Dios de nuevo. Él se ha hecho a sí mismo muy «hallable». Él está «en luz»; justo ahí donde se halla la verdad, la honestidad, la franqueza, la confesión y el reconocimiento de

EL EVANGELIO

nuestros errores. Dios mismo nos espera ahí. Nosotros los pecadores podemos ir a él libremente por medio de la cruz de Cristo. Ahí, en a luz, pero solo en la luz, todo mejora en nuestras relaciones con las otras personas también.

El precio que pagamos es enfrentarnos a nosotros mismos, tal como somos, lo cual es humillante y doloroso. Esta es la razón por la cual evitamos la luz. Hay episodios en nuestro pasado en los que no queremos pensar; palabras hirientes, actos de traición, promesas rotas, y cosas peores. Lanzamos estos recuerdos a la oscuridad de nuestras excusas y pasamos la culpa a otros. Rechazamos llamar pecado al «pecado». Nos sentimos tan amenazados por lo que hemos hecho, que no podemos admitirlo, y mucho menos confesarlo a otros. Pero es en esos lugares de profunda vergüenza donde el Señor Jesús nos ama más tiernamente. ¿Hay alguna razón para no andar juntos en su luz, allí donde recuperamos la comunión unos con otros y donde la sangre de Jesús nos limpia de todo pecado?

Es muy refrescante regresar de nuevo a la luz de la honestidad, donde conocimos por primera vez al Señor. Es ahí donde, por amor, podemos recuperar a los viejos amigos. Es ahí donde Jesús es glorificado a los ojos del mundo.

La doctrina del evangelio crea una cultura del evangelio.

AGRADECIMIENTOS ESPECIALES

Gracias a los líderes y miembros de *Immanuel Church*, Nashville, donde crecemos juntos en el evangelio, tanto en doctrina como en cultura.

Gracias a Mark Dever, Jonathan Leeman y a todos en 9Marks. La confianza que me extendisteis al invitarme a escribir este libro pesa sobre mí con sentimientos de profunda ineptitud y de gran privilegio.

Gracias a Crossway Books por vuestra colaboración en el evangelio. Ponéis al Señor en primer lugar, por encima de los negocios, aunque también hacéis negocios con excelencia.

Gracias a las voces del pasado que aún siguen hablando: Martín Lutero, Juan Calvino, Charles Haddon Spurgeon, Martyn Lloyd-Jones, Francis Schaeffer, Festo Kivengere y, especialmente, mi papá.

Gracias a mi esposa, Jani, por llevar la carga conmigo alegremente y en oración. Querida mía, solo tú lo sabes.

REFERENCIAS

Introducción

- 1 William Tyndale, "A Pathway into the Holy Scripture," en *Doctrinal Treatises* (Cambridge: The University Press, 1848), 8. Estilo actualizado.
- 2 F. Blass y A. Debrunner, *A Greek Grammar of the New Testament and Other Early Christian Literature*, trans. Robert W. Funk (Chicago: The University of Chicago Press, 1973), § 119 (1).
- 3 Whittaker Chambers, *Witness* (New York: Random House, 1952), 14. Editado para una mayor claridad.
- 4 D. Martyn Lloyd-Jones, *What Is an Evangelical?* (Edinburgh: Banner of Truth, 1992), 9-10. Lloyd-Jones continúa: «La posición de la mayoría de las iglesias protestantes hoy en día es casi exactamente opuesta a la que tenían cuando originalmente empezaron a existir... Es inútil suponer que porque algo haya empezado correctamente, va a continuar siendo así. Hay un proceso en marcha, a causa del pecado y la maldad, que tiende a producir no solo cambio sino incluso degeneración».

Referencias

- 5 Francis A. Schaeffer, "How Heresy Should Be Met," *Reformation Review*, julio 1954, 9. Énfasis original.
- 6 A. W. Tozer, *Keys to the Deeper Life* (Grand Rapids: Zondervan, 1965), 8.
- 7 Raymond C. Ortlund, "Revival," Lake Avenue Congregational Church, 1 de febrero, 1976.

Capítulo 1: El evangelio para ti

- 1 Francis A. Schaeffer, *The Church Before the Watching World* (Downers Grove, IL: InterVarsity Press, 1971), 62.
- 2 Francis A. Schaeffer, *The Church at the End of the Twentieth Century* (Downers Grove, IL: InterVarsity Press, 1970), 107.
- 3 "Q & A: Anne Rice on Following Christ without Christianity," christianitytoday.com. Publicado el 17 de agosto de 2010.
- 4 Greg Gilbert, *¿Qué es el evangelio?* (Publicaciones Faro de Gracia, 2012).
- 5 John Piper, *Desiring God: Meditations of a Christian Hedonist* (Portland, OR: Multnomah Press, 1986), 78.
- 6 A. W. Tozer, *The Knowledge of the Holy* (New York: Harper & Row, 1961), 9.
- 7 Marcus Dods, *The Book of Genesis* (New York: A. C. Armstrong and Son, 1902), 161.
- 8 Reynolds Price, *Letter to a Man in the Fire* (New York: Scribner, 1999), 54.

Referencias

- 9 W. H. Auden, *Selected Poems* (New York: Vintage, 2007), 96.
- 10 Lauren Slater, “The Trouble with Self-Esteem,” *The New York Times*, 3 de febrero, 2002, www.nytimes.com/2002/02/03/magazine/the-trouble-with-self-esteem.html
- 11 C. S. Lewis, *Mere Christianity* (New York: Macmillan, 1958), 40-41.
- 12 A. B. Bruce, *The Humiliation of Christ* (Edinburgh: T. & T. Clark, 1905), 334.
- 13 Octavius Winslow, *Personal Declension and Revival of Religion in the Soul* (London: Banner of Truth, 1962), 183–84. Énfasis original. Estilo actualizado.
- 14 Gerhard O. Forde, *Justification by Faith: A Matter of Death and Life* (Philadelphia: Fortress Press, 1982), 22.
- 15 Jonathan Edwards, *Works* (Edinburgh: Banner of Truth, 1979), I:687. Estilo actualizado.

Capítulo 2: El evangelio para la iglesia

- 1 Una fiel definición de una iglesia, con más detalle, se proporciona en el libro de Jonathan Leeman, *La membresía de la iglesia: Cómo sabe el mundo quién representa a Jesús* (9Marks, 2013).
- 2 Emily Esfahani Smith, “Relationships Are More Important Than Ambition,” *The Atlantic*, 16 de abril, 2013, www.theatlantic.com/health/archive/2013/04/relationships-are-more-important-than-ambition/275025/

Referencias

- 3 C. S. Lewis, "Membership," en *The Weight of Glory* (New York: HarperCollins, 2001), 174-75.
- 4 John Flavel, *The Whole Works of the Rev. Mr. John Flavel* (London: W. Baynes and Son, 1820), I:61. Estilo actualizado.
- 5 La ESV dice, "...having cleansed her". Pero la sintaxis del griego también puede significar "...cleansing her" (NIV). En mi opinión, esto último es lo más probable.
- 6 David Peterson, *Possessed by God: A New Testament Theology of Sanctification and Holiness* (Grand Rapids: Eerdmans, 1995), 52-53.
- 7 John Owen, *The Works of John Owen* (Edinburgh: Banner of Truth, 1980), II:63. Énfasis añadido.
- 8 Véase Francis A. Schaeffer, *The Finished Work of Christ* (Wheaton, IL: Crossway, 1998), 173-77.

Capítulo 3: El evangelio para todo

- 1 Harvie Conn, "Views of the City," *Third Way*, septiembre 1989, 24.
- 2 Lesslie Newbigin, *The Open Secret: An Introduction to the Theology of Mission* (Grand Rapids: Eerdmans, 1995), 30-31.
- 3 Bob Dylan, "Everything Is Broken," *Oh Mercy* (Columbia Records, 1989).
- 4 Juan Calvino, *The Epistle of Paul the Apostle to the Hebrews* (Grand Rapids: Eerdmans, 1980), 9.

Referencias

- 5 Jürgen Moltmann, *The Way of Jesus Christ: Christology in Messianic Dimensions* (Minneapolis: Fortress Press, 1993), 98-99. *Pars pro toto* es la expresión en latín para «una parte que representa a la totalidad».
- 6 Dorothy Sayers, citado en el libro de D. A. Carson, *The Gaging of God: Christianity Confronts Pluralism* (Grand Rapids: Zondervan, 1996), 53.
- 7 J. R. R. Tolkien, *The Return of the King* (Boston: Houghton Mifflin, 1994), 901.
- 8 Festo Kivengere, *Revolutionary Love* (Fort Washington, PA: Christian Literature Crusade, 1983), 60.
- 9 Jonathan Edwards, *Charity and Its Fruits* (London: Banner of Truth, 1969), 327-28. Estilo actualizado.
- 10 Agustín, citado en la obra de Peter Brown, *Augustine of Hippo* (Berkeley: University of California Press, 1967), 297-98.
- 11 Martín Lutero, citado en la obra de Theodore G. Tappert, ed., en *Luther: Letters of Spiritual Counsel* (Philadelphia: Westminster Press, 1955), 86-87.

Capítulo 4: Algo nuevo

- 1 Francis Schaeffer, *2 Contents, 2 Realities* (Downers Grove, IL: InterVarsity Press, 1975), 25, también 1-32.
- 2 Christian Smith, *Soul Searching: The Religious and Spiritual Lives of American Teenagers* (Oxford: Oxford University Press, 2005), 162-71.

Referencias

- 3 *Ibíd.*, 163.
- 4 Elton Trueblood, *The Incendiary Fellowship* (New York: Harper & Row, 1967), 107-8.
- 5 Francis A. Schaeffer, *Speaking the Historic Christian Position into the 20th Century* (publicado privadamente, 1965), 125-26.
- 6 Juan Calvino, *Institutes of the Christian Religion*, ed. John T. McNeill, trans. Ford Lewis Battles, Library of Christian Classics, vols. 20-21 (Louisville: Westminster John Knox, 1960), 4.1.21.
- 7 Un completo y útil análisis al respecto puede hallarse en el libro de Jonathan Leeman, *La disciplina en la iglesia: Cómo protege la iglesia el nombre de Jesús* (9Marks, 2013).
- 8 Edmund P. Clowney, *The Church* (Downers Grove, IL: InterVarsity Press, 1995), 30.
- 9 Peter Collier y David Horowitz, *Destructive Generation: Second Thoughts about the Sixties* (New York: Summit Books, 1989), 80.
- 10 Extraído del himno “I Love Thy Kingdom, Lord” de Timothy Dwight, 1800.
- 11 Doy gracias a John Piper por sugerir esta línea de pensamiento en correspondencia privada.

Capítulo 5: No es fácil, pero es posible

- 1 Martín Lutero, *A Commentary on St. Paul's Epistle to the Galatians* (London: James Clarke & Co., 1953), 40. Estilo actualizado.

Referencias

- 2 Doy las gracias a mi hijo, el Dr. Eric Ortlund, por ayudarme a articular esto.
- 3 John Bunyan, *Grace Abounding* (Cambridge: The University Press, 1907), 71-72. Énfasis original. Estilo actualizado.
- 4 ESV: “rubbish”. Pero una traducción más fuerte, siguiendo la línea de la KJV, «estiércol» está justificada. Véase Moisés Silva, *Philippians* (Grand Rapids: Baker Book House, 1992), 180.
- 5 Charles Haddon Spurgeon, “The Church—Conservative and Aggressive,” *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol. XII (Pasadena, TX: Pilgrim Publications, 1977), 366. Predicado el 19 de mayo de 1861. Énfasis original.
- 6 A. W. Tozer, “True Faith Brings Committal,” en *The Root of the Righteous* (Harrisburg: Christian Publications, 1955), 50.
- 7 John R. W. Stott, *The Message of Galatians* (London: Inter-Varsity Press, 1968), 49.
- 8 *Mishná*, Oholoth, 18.7.
- 9 Paul Tournier, *Guilt and Grace* (New York: Harper & Row, 1962), 15-16.
- 10 Martín Lutero, *Galatians* (Wheaton, IL: Crossway, 1998), 111-12. Ligeramente editado.

Capítulo 6: Lo que podemos esperar

- 1 R. V. G. Tasker, *The Second Epistle of Paul to the Corinthians* (Grand Rapids: Eerdmans, 1974), 57.

Referencias

- 2 Bruce K. Waltke, *Genesis: A Commentary* (Grand Rapids: Zondervan, 2001), 142. Énfasis añadido.
- 3 Juan Calvino, *The Second Epistle of Paul the Apostle to the Corinthians* (Grand Rapids: Eerdmans, 1980), 35.
- 4 D. Martyn Lloyd-Jones, *Revival* (Westchester, IL: Crossway Books, 1987), 300.
- 5 Charles Haddon Spurgeon, “The Two Effects of the Gospel,” *The New Park Street Pulpit*, Vol. I (Pasadena, TX: Pilgrim Publications, 1981), 198. Predicado el 27 de mayo de 1855.
- 6 John Piper, citado por Justin Taylor en “Tozer’s Contradiction and His Approach to Piety,” blog Between Two Worlds, 8 de junio, 2008, thegospelcoalition.org/blogs/justintaylor/2008/06/08/tozers-contradiction-and-his-approach_08/

Capítulo 7: Nuestro camino por delante

- 1 Eric J. Alexander, “A Plea for Revival,” en *Our Great God and Savior* (Edinburgh: Banner of Truth, 2010), 174. Énfasis añadido.
- 2 James Denney, citado en la obra de James S. Stewart, *Heralds of God* (New York: Charles Scribner’s Sons, 1946), 74.
- 3 Henry Drummond, citado en la obra de Raymond C. Ortlund, *Let the Church Be the Church* (Waco: Word, 1983), 44.
- 4 John Heuss, *Our Christian Vocation* (Greenwich: The Seabury Press, 1955), 15-16.

Referencias

- 5 Howard W. Guinness, *Sacrifice* (Chicago: InterVarsity Press, 1947), 59-60.
- 6 Jonathan Edwards, "Thoughts on the Revival," en *Works* (Edinburgh: Banner of Truth, 1979), I:424. Estilo actualizado.
- 7 John Flavel, "He Is Altogether Lovely," en *The Whole Works of the Reverend Mr. John Flavel* (London: Thomas Parkhurst, 1701), I:332. Estilo actualizado.
- 8 Este argumento, de Juan 13 y 17, se hace eco de Francis A. Schaeffer, *The Mark of the Christian* (Downers Grove, IL: InterVarsity Press, 1970), 7-16.
- 9 christpres.org/sameteam.
- 10 Derek Kidner, *The Proverbs: An Introduction and Commentary* (Downers Grove, IL: InterVarsity Press, 1964), 130.
- 11 Festo Kivengere, citado en la obra de Richard K. MacMaster y Donald R. Jacobs, *A Gentle Wind of God: The Influence of the East Africa Revival* (Scottsdale: Herald Press, 2006), 212.

Índice de citas bíblicas

Génesis

1:1	60
2:9	94
2:16-17	94
4:1-12	120
4:17	67
8:21	113
17:1	30

Éxodo

25:8	70
34:14	54

Levítico

1:9	113
-----	-----

Deuteronomio

33:27	61
-------	----

1 Reyes

6:11-13	70
---------	----

Salmos

50:2	91
90:17	80
139:23	29

Proverbios

18:19	141
-------	-----

Isaías

5:7	17
55:10-11	52
57:14-15	117
57:20	66
65:17	61

Índice de citas bíblicas

Jeremías

17:9 126

Ezequiel

9-11 70

16 52

16:15 52

Mateo

5:3-10 83

5:11-12 123

11:30 107

18:20 88

28:18-20 11

Marcos

1:14-15 16

8:35 130

Lucas

2:10 18

2:34 112

4:16-21 62

12:49 79

14:17 87

17:3-4 141

24:49 127

Juan

1:14 25

1:16 95

1:18 137

3:16 23, 26, 31, 39, 41,

43, 44, 48

3:16a 27

3:17 115

3:19-20 32

8:24 35

10:30 35

13:34-35 137

14:1 35

14:9 82

17:9 138

17:21 138

Hechos

2:1 87

2:2 127

Índice de citas bíblicas

2:41-47	87
4:23-31	133
4:36	104
6:7	111
8:8	111
10:15-16	103
19:20	111

Romanos

1:16	21, 127
5:2	63
7:4	57
8:10-11	63
8:15	81
8:20	60
8:32	37
12:1	113
12:18	141

1 Corintios

6:11	51
9:19-23	117
10:32-11:1	117
12:12-27	47

15:45	62
16:14	135

2 Corintios

2:11	13
2:14	111, 118
2:15	113, 115
2:15-16	111, 112, 120, 122
2:16	117
4:16-17	73
5:17	62
6:3	117
6:10	63
11:2	55
11:3	55
11:14	13
12:1-4	130
12:5-10	130
12:10	130

Gálatas

1:11-12	16
2:5	105, 109
2:11-13	102
2:11-14	107

Índice de citas bíblicas

2:14	93, 106
2:14a	107
2:15-21	105
2:16	105
2:18	106
2:20	109
2:21	106
3:8	16

Efesios

2:18-19	81
4:13	11
4:15	11
5:1	82
5:21	47
5:25	45
5:25b	48
5:25b-27	48
5:26	50, 51
5:27	54

Filipenses

1:7	80
1:27-30	16

3:8-9	97
3:13-14	131
3:15	131

Colosenses

1:18	131
4:5-6	117

1 Tesalonicenses

1:5	128
1:9	128
5:12	47

2 Tesalonicenses

1:9	42
-----	----

1 Timoteo

3:14-15	75
3:14-16	77
3:15	77, 80, 86, 88
3:16	89

2 Timoteo

2:1	128
-----	-----

Índice de citas bíblicas

Hebreos

1:3 61

1 Pedro

1:16 56

1:22 44

2:4-5 48

3:15 117

4:10 11

1 Juan

1:7 143

3:12-13 120

4:11 43

4:16 31

Judas

20-21 11

Apocalipsis

3:15 18

3:17 18

14:4 125

19:7 68

21 59, 71

21:1 60, 65

21:1-5 65

21:2 55, 65, 66, 68

21:3-4 69

21:5 59, 65, 72

¿CÓMO REFLEJA LA IGLESIA LA HERMOSURA DE CRISTO?

El evangelio es un mensaje teológico. Pero este mensaje también crea una hermosura humana; relaciones hermosas en nuestras iglesias, haciendo visible la gloria de Cristo en el mundo de hoy.

En este oportuno libro, el pastor Ray Ortlund argumenta que la doctrina del evangelio crea una cultura del evangelio. En demasiadas de nuestras iglesias, la hermosura de una cultura del evangelio es la pieza que falta en el puzle. Pero cuando se permite que el evangelio ejerza todo su poder, la iglesia resplandece con la gloria de Cristo.

«Convinciente, confrontador, alentador, inquisitivo y, sobre todo, fascinante. Qué hermosa visión de lo que la iglesia puede ser a través del poder del evangelio».

THOMAS R. SCHREINER, Profesor James Buchanan Harrison de interpretación del Nuevo Testamento, *The Southern Baptist Theological Seminary*

«Ortlund entreteje una profunda reflexión bíblica sobre cómo la doctrina del evangelio debe llevar a una cultura del evangelio, usando citas de grandes santos de la historia de la Iglesia. Una lectura obligada para toda iglesia que quiera ayudar —más que dificultar— a que los perdidos sean atraídos a Cristo».

CRAIG L. BLOMBERG, Profesor distinguido del Nuevo Testamento, *Denver Seminary*

«En este incisivo libro, Ortlund hace el necesario y convincente trabajo de conectar el evangelio que da vida con la experiencia y el testimonio de la iglesia».

STEPHEN T. UM, Ministro principal, *Citylife Presbyterian Church*, Boston, Massachusetts

RAY ORTLUND (PhD, Universidad de Aberdeen) es el pastor de *Immanuel Church* en Nashville, Tennessee. Es el autor de diversos libros, incluyendo los comentarios *Preaching the Word* acerca de Proverbios e Isaías, y ha contribuido a la *ESV Study Bible*. También es el presidente de *Renewal Ministries* y sirve en los concilios de *The Gospel Coalition* y *Acts 29 Network*.

**Este libro forma parte de la serie de 9Marks Edificando iglesias sanas.*